

José F. Montesinos, años granadinos: textos juveniles inéditos y una glosa

Joaquín Parellada
(GICES XIX - Universitat Autònoma de Barcelona)

*Y dicho esto por mí,
que soy secuaz de los citados,
en particular de Montesinos...*
Alberto Blecua

Quizá resulte paradójico que de don José F. Montesinos sepamos el día y la hora exactos en que nació y dejó de existir e ignoremos aspectos de su vida menos anecdóticos. Aun a riesgo de convertirnos en un nuevo Berkowitz o en un Cayetano Polentinos galdosiano, vamos a reproducir y comentar en este artículo algunas noticias sobre el crítico granadino relacionadas con su juventud (en su ciudad natal y en Madrid), así como cinco artículos tempranos -entre ellos el más antiguo conocido- olvidados. De paso, y para contextualizarlos adecuadamente, glosaremos sus entregas en las que narra el conocido viaje por Castilla -bajo la dirección del maestro Berrueta-, ya publicadas hace años por Gallego Morell, pero poco leídas o comentadas, así como algún otro artículo ya recuperado por otros investigadores. Por último, aprovecharemos para completar, hasta donde sea posible, algunas lagunas sobre otros momentos de su vida, que a veces resultan tan dramáticamente novelescos como llenos de humanidad, ese ‘drama humano’ que él perseguía también en los novelistas a los que admiraba.

Es de justicia reconocer a quienes desde 1972 han dedicado su atención a reivindicar la figura y la obra de Montesinos. En primer lugar los profesores Silverman y Monguió, colegas suyos en Berkeley y, por tanto, conocedores de primera mano de muchos aspectos relativos al maestro. Todo lo que tan tempranamente escribieron sigue siendo válido y exacto. Además del citado Gallego Morell, hemos de hablar de los profesores Polo o Álvarez de Miranda, que han recuperado conferencias o artículos; del profesor Abad Nebot, autor de precisas semblanzas y artículos y, más recientemente, de Montserrat Amores que ha publicado unas interesantísimas cartas cruzadas entre él y Vicente Llorens. La lectura de este último texto fue el estímulo principal que nos llevó a iniciar las investigaciones que hoy culminan -parcialmente- aquí.

En otro plano no menos importante quedan algunos investigadores y docentes universitarios que consideraron a Montesinos como su maestro y cuya figura reivindicaron siempre que les fue posible: Sergio Beser o Claudio Guillén, en primer lugar, como autores de los artículos que, bajo mi punto de vista, mejor han descrito la personalidad crítica y literaria de Montesinos, pero también Joaquín Marco, Alberto Blecua o Laureano Bonet, Carme Riera o José-Carlos Mainer. El profesor Alonso Nogueira, en fin, ha escrito unas sugerentes reflexiones sobre la relación con Unamuno y Ortega. Más allá del ámbito filológico su labor y su persona también tuvieron resonancia: Felipe C. R. Maldonado, Luis Racionero, María José Ragué o Manuel Vázquez Montalbán le dedicaron frases, artículos (y hasta alguna entrevista) llenos de admiración.

Estos movimientos reivindicativos no han sido obstáculo para que, tanto en el hispanismo americano como en el nacional, haya -a mi modo de ver- un olvido, cuando no una desmemoria, a la hora de reconocer los valores críticos e históricos (e incluso personales) del escritor granadino. Tras el centenario de Galdós --a quien resulta imposible entender cabalmente sin la lectura de los tres volúmenes de Montesinos-- parece que esta voluntad de ignorar se ha hecho más evidente.

1. GRANADA

Más o menos una cuarta parte de su vida pasó nuestro hombre en Granada. Es cierto que, estando en Madrid -e incluso en Hamburgo-, volvía a su ciudad de vez en cuando, sobre todo por motivos familiares. Pero además, una parte importante de su formación tuvo lugar aquí, en Granada. Y, como corresponde a un hombre memorioso como él, no la olvidará nunca.

Familia

Nace nuestro autor el cinco de diciembre de 1897 a las diez y cinco minutos de la noche, según reza la partida bautismal exhumada por Gallego Morell (1970, 57). Además de José María se le impone el nombre de Sabas por el día de su nacimiento. Sus apellidos son Fernández Montesinos por parte del padre y Lustau (a veces escrito Loustau) por parte de la madre. Desde su primer escrito, sin embargo, firmará “José F. Montesinos.”

Es el segundo hijo del matrimonio formado por Gregorio Fernández Montesinos Araque (el primero en unir los dos apellidos de su padre en uno solo: Araque era el apellido de la abuela de nuestro autor)¹ y de María Pilar Lustau Giménez,² nacidos ambos entre 1846 y 1847. El padre fallecerá el 30 de marzo de 1915, mientras José está en la Universidad y la madre, mucho más tarde, en febrero de 1942, a los 96 años. Los Lustau (castellanización parcial del apellido francés “Loustau,” como vemos), debieron instalarse en la zona con motivo de negocios vinícolas.³

El matrimonio tenía, por entonces, un hijo que, a tenor de su ingreso en la Universidad, pudo nacer hacia 1885: Gregorio, del que luego hablaremos.

El padre trabajaba como “tenedor de libros” (hoy diríamos contable) de la Banca que la familia Rodríguez-Acosta tenía en Granada. La lectura de algunas noticias aparecidas en la prensa local parece sugerir que era, además, un hombre de confianza de dicha empresa. Asiste a distintos banquetes organizados por las fuerzas vivas de la ciudad, siempre al lado de destacados miembros de la citada familia; está presente en la boda de Angustias Rodríguez-Acosta (“hija del opulento banquero don Manuel”) en febrero de 1900; va a recibir, junto a una comitiva, a éste a la estación; lo vemos en una cena de simpatizantes del Partido Conservador, cuyo jefe era el propio Manuel Rodríguez-Acosta y González de la Cámara (1874-1960), o participa en un banquete-homenaje al artista José María Rodríguez-Acosta (hermano del anterior). Un tercer hermano, Miguel, es bien conocido por su amistad con Ramón Pérez de Ayala, al que éste llama a menudo “el amigo por excelencia.”⁴

Parece pues que, además de las relaciones laborales con la Banca Rodríguez Acosta, la “más importante de Andalucía entre 1831 y 1846” según el profesor Titos Martínez (498), había también vínculos sociales que pudieron influir en el papel que

¹ En efecto, los abuelos paternos se llamaban Gregorio Fernández Montesinos y Quiteria Araque Morales. El primero, al igual que el padre de nuestro autor, procedían de Huéscar.

² Pilar Lustau había nacido en Pulianas, población cercana a Granada. Los padres de ésta eran Juan Loustau Bordonave, nacido en Francia y Rosa Giménez Ruiz, de Purchil. Tica Fernández Montesinos rememora el fallecimiento de su abuela Pilar durante su estancia en América, “enferma desde hacía años. La recuerdo siempre en cama, con un camisón totalmente blanco, como su cabello (2018, 66).”

³ Todavía existen hoy unas Bodegas Lustau, en Jerez de la Frontera. El apellido, no obstante, era antiguo (e ilustre) en la zona. Hubo un Pedro Jacinto Domecq Loustau (1824-1894), originario del País Vasco francés, que fue propietario de las bodegas homónimas, fundadas en Jerez de la Frontera dos años antes de su nacimiento.

⁴ Véase, para ilustrar la historia de esta importante familia granadina, el artículo del profesor Manuel Titos Martínez y el epistolario entre Miguel Rodríguez-Acosta y Ramón Pérez de Ayala (1904-1956) publicado por Andrés Amorós (Pérez de Ayala 1980). Este dato laboral a propósito del padre es poco conocido; en alguna biografía divulgativa de Manuel Fernández-Montesinos Lustau se dice que era un “alto cargo de la Banca Rodríguez-Acosta.”

desempeñara la familia de nuestro escritor entre la sociedad granadina.⁵ La necrológica del padre, abusando de los tópicos, dice que “el finado era persona conocidísima y muy estimada por sus buenas cualidades de honradez, bondad y rectitud” (*El defensor de Granada*, 1 de abril de 1915). Más allá del lugar común, nuestro crítico recordaba, en palabras de Luis Monguió (146), compañero suyo en Berkeley “la severa moral paterna y la tierna y humana caridad de la madre.”

Por aquellos años la familia Montesinos residía en un piso de la recientemente abierta (1909) Gran Vía de Colón, avenida abierta con la intención de modernizar aquella pequeña capital de unos 75.000 habitantes. También la familia de García Lorca se mudó temporalmente (verano de 1916) a un piso de esta nueva avenida, antes de instalarse, en 1917, en la Acera del Darro, 31. (Gibson 1985, 72 ss.). En el número 14 de aquella avenida se encontraba la sede de la Banca Rodríguez-Acosta. (Titos Martínez, 498)

Al hermano mayor, llamado Gregorio como el padre y el abuelo, lo vemos matriculado en la Facultad de Ciencias en el curso 1903-1904. A partir de aquí su nombre aparece en distintas ocasiones en la prensa local como alumno de la Facultad de Medicina, con motivo de sus excelentes notas: Sobresaliente y Matrícula de Honor en diversas materias. En noviembre de 1909 obtiene el título de Licenciado en Medicina. Pronto aparece como médico en Illora y luego en La Zubia (y quizá en el Albaicín);⁶ más tarde (1925) es nombrado médico de la Beneficencia Municipal y luego Inspector Municipal de Sanidad de Granada. Finalmente, dentro de la misma Beneficencia, aparece como médico “de enfermedades de los ojos” (al lado, por cierto, de Rafael Mora Guarnido, hermano del amigo de Lorca), que era el encargado de la sección pediátrica de la misma institución.

En agosto de 1936, concretamente el día 11 (es decir cinco días antes de ser asesinado), Manuel Fernández Montesinos escribe una dramática carta desde la Prisión provincial, que hace llegar a su hermano Gregorio a través de conductos confidenciales, donde muestra su desesperación “No sé lo que pedirte que hagas. Solo te anuncio que de seguir así todos iremos cayendo más o menos rápidamente.” La despedida es estremecedora y anuncia el fatal desenlace: “A mamá y a Conchita no les digas estas cosas... Yo ya estoy resignado a no volveros a ver más y desearía que su sufrimiento fuera el más llevadero posible (Gibson 1979, 112-113).”

Ignoramos la fecha exacta de su fallecimiento, aunque por una alusión en el epistolario entre Llorens y Montesinos, debió de ser hacia 1956.⁷ Estaba casado con María Jesús de la Prada y Sedas y tuvo 3 hijos (Gregorio, fallecido a los 12 años, Marta y Manuel). (Fernández-Montesinos 2018, 160)

⁵ Según Manuel Fernández-Montesinos, la unión de sus padres, Concha y Manuel, “no le hizo mucha gracia a mi abuelo Federico, porque de mi padre decía que no tenía más que un piso en la Gran Vía [de Colón], y además, tendría que repartirlo con sus otros dos hermanos... esa era la situación patrimonial de los tres hermanos... brillantes carreras universitarias, pero nada más que un piso en la Gran Vía (Fernández-Montesinos 2008, 140-141).”

⁶ Vila Sanjuán (90), que no cita la fuente de su información, indica que Gregorio era médico del Albaicín cuando se celebran las elecciones de abril del 31 y que fue quien inició a su hermano Manuel en el ámbito político socialista, pese a que eran “mucho más afines a una derecha burguesa.” Con esta información no contrastada quizá pueda referirse a la situación social de la familia, pero no al pensamiento progresista de los hijos, similar al de otras familias acomodadas de la Granada de entonces.

⁷ “Mi hermano mayor, que vivía en Granada, acaba de morir, y aunque por ser mucho mayor que yo le había tratado en realidad poquísimos, su muerte me ha dejado una sorprendente sensación de soledad.” (Amores, 2019: carta 16, sin fechar, pero de 1956 según la editora). En 1952, cuando Concha García Lorca y sus tres hijos vuelven a España, visitan al tío Gregorio: “Ya no era un hombre alto, sino que estaba como encogido (Fernández Montesinos 2018, 160).” No hemos localizado esquila ni necrológica suya en la prensa granadina.

La -corta- vida del tercer varón de la familia, Manuel, es más conocida a raíz de su matrimonio con Concha, una de las hermanas de Federico García Lorca, así como por su trágico asesinato dos días antes que el de su cuñado.

Estudios

Volviendo a nuestro autor, sabemos que, cuando todavía no ha cumplido los 16 años (junio de 1913),⁸ recibe el título de Bachiller. El Bachillerato lo ha cursado en el Instituto General y Técnico de Granada, donde coincidirá con Miguel Pizarro, Manuel Ángeles Ortiz o Federico García Lorca, entre otros, aunque no todos fueran de la misma promoción (Elizalde, 210).

En el instituto pudo haber tenido de profesor a don Eduardo Ugarte Albizu,⁹ “hombre fino y amable, versado en literatura francesa y en la española... Don Eduardo... logró que los chicos más estudiosos de la clase nos interesáramos en la traducción de los textos -de Bossuet, de Madame de Sevigné, de Lafontaine- que él había incluido en su Selección de autores clásicos franceses.¹⁰ Cuatro o cinco compañeros pudimos abordar pronto esa tarea, ya que de antemano sabíamos algo de tan precisa y preciosa lengua... (Fernández Almagro, 196).” No hay duda de que uno de estos alumnos sería Montesinos, debido a su ascendencia francesa por parte de madre. De todas formas, Fernández Almagro era cuatro años mayor que Montesinos, lo que no impidió que fueran amigos no sólo en Madrid sino después de la guerra civil, a pesar de la diversidad de ideas políticas de ambos.

Empieza sus estudios universitarios, por lo tanto, el curso 13-14 y en solo dos más termina la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, con frecuentes Sobresalientes y Matrículas de Honor, al igual que sus otros dos hermanos. Como era costumbre, estas distinciones son reseñadas en la prensa local al finalizar el curso escolar.¹¹

Durante el último curso universitario ocurren dos hechos relevantes: a finales de marzo de 1915, como ya hemos señalado, fallece su padre; y al acabar este curso, concretamente los últimos días de junio y los primeros de julio, realiza el viaje de estudios por Castilla, cuyo relato publicó en la prensa granadina y castellana.

En septiembre de 1916, junto con Luis Mariscal, se le propone para una “pensión universitaria de la Facultad de Letras,” es decir una beca. Hay que suponer que esta beca es la que le permitirá acudir a Madrid.

Maestros

Dos de las dos personas que más pudieron influir en el desarrollo intelectual del joven Montesinos fueron el catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes Martín

⁸ En la prensa (*El defensor de Granada*, 8 de abril 1914) aparece esta gacetilla: “el Rector de esta Universidad ha expedido el título de Bachiller a ... D. José Fernández Montesinos,” pero el título lo obtendría al finalizar el curso anterior.

⁹ No hay que confundirlo con Eduardo Ugarte Pagés (1900-1955) el fuera co-director de La Barraca junto con Federico García Lorca. Ni con Eduardo Ugarte Blasco, hijo de Ugarte Albizu y también profesor de francés.

¹⁰ Ugarte publicó varios manuales, algunos con antología de textos franceses. La edición más antigua que hemos localizado (*El traductor francés ó Colección de trozos científicos, mercantiles y literarios*) es de 1900, impresa en Granada. Pero hay, sin duda, otras anteriores, ya que se trata de una 3ª edición.

¹¹ En la apertura del curso 1917-18 la *Gaceta del Sur* (2 octubre de 1917) publica, entre otros, los premios de la Facultad de Filosofía y Letras. Ahí aparece nuestro autor con Matrícula en Bibliología, así como sus amigos Luis Mariscal Parado (siete matrículas, además de otras dos en Derecho) y Miguel Pizarro (dos, una de ellas también en Bibliología). Este dato no casa con el hecho de que Montesinos se graduara en 1916. A pesar de lo que dice la crónica, quizá estos premios no se refieran al curso 16-17 sino a toda la carrera (aunque resulta extraño que se publiquen un año más tarde).

Domínguez Berrueta y el por entonces titular de la cátedra de Derecho Político Español comparado con el extranjero (y relevante político) Fernando de los Ríos Urruti.¹²

Dado que ambos son bien conocidos a través de su relación con Federico García Lorca, solo recordaremos aquí, tan brevemente como sea posible, los datos esenciales de su relación con Montesinos.

Berrueta había nacido en Salamanca en 1869, pero se consideraba burgalés. Estos orígenes geográficos tendrán su importancia en la organización de los viajes de estudios a los que aludiremos. En 1893 publicó su tesis sobre san Juan de la Cruz y en mayo de 1911 fue nombrado catedrático en Granada. Fue el creador de la revista *Lucidarium* (en 1916) en cuyo número 2 colaboró Antonio Machado. Falleció en 1920.

Más conocidos son la biografía y el perfil intelectual de Fernando de los Ríos. Nacido en 1879, en Ronda, su familia, emparentada con don Francisco Giner, pertenecía a la burguesía liberal. Tomó posesión de su cátedra en abril de 1911. Vinculado con la Institución Libre de Enseñanza, obtuvo una beca de la Junta de Ampliación de Estudios, en 1909, para estudiar en Alemania. En 1917 se afilió al Partido Socialista.¹³ Don Fernando fue el encargado, en la apertura del curso 1917-1918, de pronunciar el discurso inaugural: “La crisis actual de la democracia” (reproducido en *Gaceta del Sur*, 2 octubre 1917).

En fin, un tercer maestro de Montesinos, al menos a partir de su estancia en Madrid, también tenía orígenes granadinos. Nos referimos a don Américo Castro. Aunque nacido en Brasil en 1885, don Américo cursó la Secundaria y parte de los años universitarios en Granada (compaginando, como tantos otros, Filosofía y Letras y Derecho). En 1910 ya trabajaba en la Sección de Lexicografía del CEH (la misma a la que luego llegaría Montesinos) y en 1915 ocupó la primera cátedra de Historia de la Lengua Española.

Las revistas

De nuevo sin pretender extendernos mucho, pues mucho se ha escrito ya sobre el ambiente intelectual de Granada durante estos años, con Lorca como personaje principal, reconozcamos que la juventud de aquellos años vivía bajo el signo de unas “ansias de renovación” (Mario Hernández, VIII-IX). Estos anhelos pasaban por una huida del provincianismo (a veces incluso con veleidades regionalistas, cuando no nacionalistas)¹⁴ o por la renovación de unos valores alejados de los tradicionales, aquellos que las fuerzas vivas granadinas seguían defendiendo sin importarles el tópicamente encorsetado. Estas ansias transformadoras abarcaban varias generaciones e ideologías: desde la de Fernández Almagro o Gallego Burín (nacidos en 1893 y 1895) hasta la de Francisco Ayala (1906). Entre ambas promociones, nuestro Montesinos y sus coetáneos (Miguel Pizarro, Manuel Ángeles Ortiz).

José F. Montesinos participó –a veces incluso como fundador– en al menos un par de revistas granadinas, que en algunas ocasiones se han confundido. Una de ellas, *Andalucía: revista regional*; de ella, como recuerda Abad Nebot “se publicaron solamente dos números” (el 10 de abril y el 20 de abril de 1915 respectivamente).¹⁵ La redacción de esta revista “estaba formada por Constantino Ruiz Carnero, José Mora Guarnido, José

¹² No hemos podido consultar el artículo del profesor Manuel Titos “Manuel Rodríguez-Acosta y Fernando de los Ríos: el cruce de dos vidas políticas.” Ambos colaboraron políticamente: llegaron a constituir la candidatura conjunta “Solidaridad Granadina.”

¹³ Buena parte de estos datos proceden del libro de Gibson [1985, cap. 5], aunque la mayoría son sobradamente conocidos.

¹⁴ Véase una crítica a estas veleidades en el artículo “Sobre una protesta patriótica,” citado luego.

¹⁵ Los únicos ejemplares que conocemos se conservan “en los fondos de la Fundación Federico García Lorca (Abad Nebot, 2021).” Gracias a este dato hemos podido recuperar el artículo del Apéndice B.

Fernández Montesinos, Manuel Ramos Romero y Miguel Pizarro. Manuel Fernández Montesinos figuraba como administrador y entre los redactores artísticos destacaban José Rodríguez Acosta, José Moya del Pino... Manuel Ortiz, Ismael González de la Serna..." (Peragón, 49).

En *Andalucía* publicó nuestro joven autor un par de artículos: "De *La Voluntad* y de la *Gaceta*" (en el nº 1, 10 de abril de 1915, pp. 8-9) y "Sobre una protesta patriótica" (nº 2, 20 de abril de 1915, pp. 3-4), este último reproducido en la tesis doctoral de Peragón (666-667).

La otra revista (de carácter mensual), *Granada*, de la que se publicaron seis números entre mayo y octubre de 1915 (Gibson 1985, 131-132), coincidía en varios de los nombres de colaboradores (Mora Guarnido, Ruiz Carnero, Pizarro, Montesinos...), de ahí la confusión de algunos. El número 1 contaba con un texto de Fernando de los Ríos, "El paisaje granadino," del que luego hablaremos. Mientras que en el 5 se publicaron artículos de Mora Guarnido, José F. Montesinos o Alberto Cienfuegos, además de textos de Joaquín Belda y los hermanos Quintero (apud *El defensor de Córdoba*, 7 de septiembre de 1915). Y en los números 4 y 5 Miguel Pizarro publicó su artículo "Viejas ciudades castellanas,"¹⁶ como crónica del viaje organizado por Berrueta, el mismo al que asistió Montesinos (Elizalde, 44).

También colaboró nuestro autor en la revista *Lucidarium*, fundada por Berrueta, como ya se ha señalado. El artículo aquí publicado se tituló "Cultura y erudición" (nº 1, junio 1916, pp. 36-38), también reproducido por la profesora Peragón en su tesis (719-720).

Todo este ambiente cultural de las revistas está muy ligado al de la tertulia "El Rinconcillo," sobradamente conocida por haber participado en ella García Lorca.

2. MADRID-HAMBURGO-MADRID

Empieza aquí un largo período de su vida, que abarca casi veinte años, hasta el inicio de la guerra. El Centro de Estudios Históricos y la *Revista de Filología Española* serán los vínculos permanentes, incluso durante su estancia en Hamburgo.¹⁷ A la vuelta a Madrid, además, impartirá clases en la Universidad y, en los cursos de Verano de la Universidad Internacional de Santander.

Los años de Hamburgo estarán condicionados por sus circunstancias personales, pero sobre todo por dos momentos históricos: la Dictadura de Primo de Rivera y el ascenso de Hitler al poder.

La primera etapa madrileña se inicia hacia 1917, cuando ya se encuentra en la Sección Lexicográfica del Centro de Estudios Históricos, trabajando bajo las órdenes de Américo Castro. Acaba de cumplir (diciembre de 1916) los 19 años. En julio de aquel año, García Lorca -que está realizando el cuarto viaje con Berrueta- recalca en Madrid, camino de Castilla. Aquí coincide con su amigo granadino: "Me he encontrado con Montesinos, que está en ésta colocado por don Fernando de los Ríos en el Centro de Estudios Históricos y está muy contento con la buena suerte que ha tenido y me dice que me venga el año que viene con él. (García Lorca, 19; carta fechada en Madrid, 16 de julio de 1917)."

En efecto, Fernando de los Ríos fue para bastantes de estos jóvenes granadinos un protector eficaz. En el caso de nuestro autor, este apoyo llegará hasta plena guerra civil cuando acompañe al entonces Embajador en Washington en calidad de Agregado cultural.

¹⁶ Artículo reproducido en Peragón (689-696).

¹⁷ Estamos redactando una semblanza de Montesinos durante estos años en el Centro, a partir de documentación inédita. Estas líneas son un breve avance de la misma.

En Madrid coincide con algunos de sus amigos andaluces: Miguel Pizarro, con quien se instaló “en una pensión de la calle Desengaño (Elizalde, 53),” Melchor Fernández Almagro, Manuel Ángeles Ortiz,¹⁸ el propio Lorca....

Son los años en que, además de la formación filológica, no olvida el compromiso político -visible en algún artículo de los aquí reproducidos-, nacido en buena parte a la sombra de la ideología socialista de Fernando de los Ríos. También Miguel de Unamuno, a quien Montesinos conoce con motivo del viaje de estudios por Castilla, fue sin duda una influencia relevante durante estos años. Sobre todo a partir de la selección de sus *Ensayos* (1916-1918) publicados por la Residencia de Estudiantes, que mostraban al gran escritor “como moralista, reformista y europeizante, alzándose contra los quejosos de la invasión de la cultura europea (Jiménez Fraud, 53-54).”¹⁹

En la capital Montesinos coincidió con las distintas generaciones del Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910: desde los fundadores, don Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro o Solalinde (ya en Wisconsin), hasta Amado Alonso, Dámaso Alonso, Navarro Tomás, Gili Gaya o Alfonso Reyes, que llega a Madrid en septiembre de 1915 (Lapesa, 153-154).

Hará amistad con Salvador Fernández Ramírez, algo mayor que él (había nacido en mayo de 1896), con quien coincidirá más tarde en Hamburgo, al igual que con Amado Alonso que estuvo en la capital hanseática estudiando fonética con Panzonzelli-Calzia (Lapesa, 139 y 141)

La Memoria de la Junta para la Ampliación de Estudios confirma que en enero de 1921 ya está en Alemania como lector de castellano (donde continuará hasta el bienio 31-32, según esta misma fuente).

Son años sin descanso, de dedicación a las publicaciones del Centro (el “Teatro Antiguo Español”), a la *Revista de Filología Española* y a sus propios intereses, como los hermanos Valdés y el erasmismo. Años de amistad con Marcel Bataillon, quien no deja de pasar a saludar a “los amigos del Centro (Bataillon 2005, 27-28),” cada vez que recala en Madrid camino de Lisboa. Durante el primer trimestre de 1928 Montesinos se desplazará a Mantua y a otras capitales europeas para concluir algunas de sus investigaciones (como la edición de las cartas al Cardenal Gonzaga). Con su habitual precisión y afecto, don Marcelo lo califica de “esprit fin et travailleur méthodique.” Bataillon y Montesinos coincidieron en sus intereses investigadores durante bastantes años, especialmente en torno al erasmismo, como es bien sabido.

En julio-agosto de 1931 todavía participa en Hamburgo en el VI Curso de Español que organiza el Seminario de Lenguas y Cultura románicas de la Universidad. Los cursos impartidos por él serán: “El desarrollo cultural de España,” “El teatro español,” “La novela española de los siglos XIX y XX” y, el que nos parece más significativo: “La importancia que la obra de don Miguel de Unamuno tiene para la crisis actual de España.” Llama la atención no solo el interés por el autor vasco sino la referencia a la “crisis actual” (reseña anónima publicada en *La Vanguardia*, 19 de septiembre de 1931).

¹⁸ El autor, como es bien sabido, del magnífico retrato expresionista de 1920. Este óleo se encuentra hoy en la Fundación García Lorca y aparece reproducido en la portada de *Entre Renacimiento y Barroco*, edición a cargo de Pedro Álvarez de Miranda (1997).

¹⁹ Andrés Soria ha glosado muy certeramente la necrológica estremecedora de Montesinos en *Hora de España*. En su estudio sobre la poesía moderna publicado en 1927 (pero ya terminado en el verano de 1924) por Teubner, Montesinos -como recuerda Soria (81)- califica a Unamuno (por aquellos años desterrado en Fuerteventura) de ‘luchador por la libertad y la dignidad del pueblo español’.

Vuelve a Madrid en 1932, probablemente acompañado de Nora Hasenclever,²⁰ unos doce o trece años más joven que él (había nacido en 1910). Nora sería, andando el tiempo, su esposa.

Algunos de sus compañeros, como Lapesa o Fernández Ramírez se han convertido en catedráticos de instituto,²¹ sin perjuicio de seguir colaborando con la Universidad. Así, éste último, junto a Montesinos, es contratado siendo rector García Morente (1932-1936) “para enseñar Lengua y Literatura españolas a los estudiantes de preparatorio (Lapesa, 141).”

El Centro ya no está en el hotelito de la calle Almagro sino en un lugar más amplio y moderno. Aunque el ‘ambiente es menos íntimo’ -nos dice Bataillon- “le ton de la mision n’a pas changé... J’ai revu Pidal, Navarro Tomás, Castro, Montesinos (enchanté de revenir au Centro après ses dix ans d’exil à Hambourg). Ce soir, j’espère, je verrai Salinas... C’est chez [Quiroga Pla] que j’ai vu hier soir Don Miguel, étonnement vivant... (Bataillon 2005, 150).”²²

Durante los veranos de 1933 y de 1934 el Centro organiza los tradicionales Cursos “de vacaciones para extranjeros” en la Residencia de Estudiantes. En ellos imparten clases de Lengua Lapesa, Gili Gaya y Navarro Tomás; y de Literatura española Dámaso Alonso y el propio Montesinos (y sólo en 1933 uno sobre “Literatura española contemporánea.” (Junta para la Ampliación de Estudios 1935, 251).

En septiembre de 1934 vemos a Montesinos participando en una polémica, más política que literaria, junto a su maestro don Américo, a propósito del libro de Pfandl (*Historia de la literatura española en la Edad de Oro*, editado por Gili en Barcelona).²³ Y algo más tarde en otra, ya claramente ideológica e indicativa del clima pre-bélico de aquellos años: la que protagonizó el periodista Luis Higón (“Luis de Sirval”), detenido, torturado y asesinado por un teniente de la Legión, que luego solo fue condenado “por homicidio imprudente.” La levedad de la sentencia indignó a la opinión pública. Unos días más tarde, varios intelectuales - Unamuno, Azorín, Besteiro, Machado, Juan Ramón, Bergamín, Corpus Barga y Montesinos- firmaron un manifiesto exigiendo la revisión de la misma (Rabaté, 647-8).

En enero de 1937 sabemos que el profesor granadino está ya en Valencia junto con Navarro Tomás y Dámaso Alonso (Sánchez Ron, 66), y a finales de marzo, Bataillon informa desde Argel a su amigo Baruzi de la aparición de *Hora de España*, donde ha leído “admirables pages (Bataillon 2005, 231).”

El siguiente hecho, no por bien conocido deja de adquirir tintes especialmente dramáticos para la figura de José F. Montesinos: el asesinato en Granada, con pocos días de diferencia, de su hermano Manuel y de su conculado Federico. Con dos palabras, el

²⁰ Nora figura, durante el curso 1933-1934, como profesora de alemán del Instituto-Escuela, en la Sección de Primaria. [Junta para la Ampliación de Estudios, 1935, 459]. Según el Anuario de la JAE su nombre era Nora Hasenclever Dunajevskaja. Su familia era de origen judío. Su huida de Alemania estaba, pues, más que justificada (Gimber-et alii, 205). Se casaron, según Tica Fernández-Montesinos, en 1949 “sin avisar a nadie y sin hacer ninguna fiesta (2018, 136).”

²¹ El joven Lapesa (11 años más joven que Montesinos), entre el año 1932 y el inicio de la guerra fue profesor en el Instituto Calderón de la Barca de Madrid, donde coincidió con don Antonio Machado (Simón, 122) y substituyó a su maestro Américo Castro en las clases en la Universidad. Fernández Ramírez, por su parte, obtuvo una plaza primero en Torrelavega y luego en el Luis Vives de Valencia.

²² Observemos cómo Bataillon califica de *exilio* los diez años (en realidad algo más) pasados en Alemania: sin duda es una metáfora, pero el calificativo indica por un lado la dureza de su estancia y los motivos políticos que la prolongaron. Señalemos asimismo el matiz institucionalista de la palabra “misión.” En fin, no podemos pasar por alto, la alusión a Unamuno, de quien volveremos a hablar con relación a Montesinos.

²³ El artículo de Castro se había publicado en la *RFE* y el de Montesinos en el semanario *Diablo Mundo*. La respuesta, larguísima, corre a cargo de José Luis Vázquez Dodero en *Acción española*.

gran hispanista francés, nos traslada la crueldad del momento: ha recibido una carta, dice, “atrocement douloureuse,” de Montesinos (Bataillon 2005, 237).

En fin, la última referencia conocida de los avatares del profesor granadino durante estos duros años es su labor como Agregado cultural en Washington con un viejo conocido suyo: Fernando de los Ríos, a la sazón embajador allí (había llegado con su familia, en octubre de 1936). A pesar de que habitualmente se habla de un período de seis meses, creemos que estuvo allí casi un año: desde septiembre-octubre del 37,²⁴ hasta agosto-septiembre de 1938. Esta fecha de salida está confirmada por Silverman de que en verano de 1938 regresa a Europa (Silverman, 21), pero además en una de las cartas a su amigo Vicente Llorens recientemente editadas por Montse Amores, Montesinos afirma con su gracia y desenfado habitual: “[viví] en aquella ciudad eminentemente federal que Dios confunda; yo he pasado en ella los once peores meses de mi vida” (Amores, 34). En la capital norteamericana, por cierto, el escritor granadino se reencontró con su amigo de juventud Miguel Pizarro quien, tras un breve período como cónsul en San Francisco, fue el primer secretario de la embajada de la República Española (Elizalde, 167 y 186-187).

3. LOS ARTÍCULOS JUVENILES DE MONTESINOS

En este apartado vamos a glosar algunos de los rasgos de estos textos, poco conocidos y anteriores a la llegada de Montesinos a Madrid. Por un lado, la crónica del viaje por Castilla, exhumada por Gallego Morell pero quizá poco leída, así como los artículos reproducidos por la profesora Peragón en su tesis, y por otro los que hemos localizado en la prensa granadina y que no han sido mencionados, que sepamos, con anterioridad por los estudiosos. Estos últimos, un total de cinco, serán reproducidos y anotados.

Los viajes de Berrueta y sus crónicas

Gallego Morell (1989, 23 ss.) ha explicado muy bien el origen y detalle de estos viajes. Aunque Berrueta no estuvo vinculado a Giner, parece claro que las experiencias tempranas de éste y de Cossío influyeron en su proyecto.

En 1913 organiza las primeras visitas a monumentos granadinos, que continúan con las primeras excursiones por Andalucía (febrero de 1914, visita a Baeza, Cabra y Córdoba; encuentro con Machado) y que culminan en la Semana Santa de 1915 con una nueva salida por tierras andaluzas en la que participan Luis Mariscal y García Duarte.²⁵

Hasta que llegamos a la parte final del curso 1914-1915 con el primer viaje a Castilla, del que ahora hablaremos

A partir de aquí empiezan los viajes de estudios en los que participó García Lorca, que abarcan dos cursos y que, por razones obvias, son los más conocidos. Federico formó parte de cuatro de ellos: dos realizados por Andalucía (verano 1916 y primavera 1917) y dos por Castilla -en uno de ellos llegaron hasta Galicia- (otoño 1916 y verano-otoño de 1917). Resultado de estas estancias fue, como es sabido, el primer libro del poeta, *Impresiones y paisajes*, publicado en la primavera de 1918. Luis Mariscal y Ricardo Gómez Ortega participaron también en algunas de estas salidas. Tanto Lorca como Mariscal publicaron artículos sobre esta experiencia en *El diario de Burgos* y *El Castellano* respectivamente.

²⁴ Pedro Salinas escribe al matrimonio Centeno (la carta es de octubre): “Me he enterado de que Montesinos está en la Embajada, de agregado cultural, por seis meses. Hablé con él por teléfono y espero verle este week-end, en New York (Alvarez de Miranda, xii).” En todo caso, el 16 de octubre ya estaba allí. En tal fecha escribe una carta a Tomás Navarro Tomás, según consta en el Archivo de la JAE.

²⁵ Hay otros dos o tres alumnos no identificados por Gallego Morell, pero no parece que ninguno sea Montesinos.

Impresiones y paisajes no es “una mera crónica de viajes.” Se trata más bien de unas impresiones que “dependen de lecturas castellanistas y finiseculares de jardines abandonados y ruinas en las ciudades muertas.” Unamuno y Machado, a quienes había conocido en Salamanca y Baeza, están presentes en este texto y, como sigue señalando M. Isabel Elizalde el autor “se alinea con las almas románticas que el siglo desprecia” y muestra “un agudo sentido de compasión hacia las miserias humanas (Elizalde, 42-43).”

Pero el “viaje de arte” que ahora nos interesa, como acabamos de señalar, es el realizado durante el curso anterior.

“Impresiones y comentarios,” por José F. Montesinos

Este texto de nuestro crítico (obsérvese la semejanza con el título de Lorca, que parece réplica de éste) se publicó en un total de 8 entregas en el periódico *Noticiero Granadino*.²⁶ En concreto los días 30 de junio, 3, 6, 8, 14, 20, 23 y 30 de julio de 1915. Además, que sepamos, la entrega IV se publicó también en *El Adelanto*, de Salamanca (21 de julio de 1915) y la V en *El castellano*, de Burgos (17 de julio de 1915).

Dado que no vamos a reproducir de nuevo este largo texto,²⁷ daré en el Apéndice un esquema de su contenido -numerado por mí- a partir de los epígrafes publicados y de lo que trata cada uno de ellos.

Del viaje tenemos, que sepamos, tres crónicas: la que vamos a analizar, de Montesinos, la de Pizarro, más breve, y una tercera debida a la pluma de Rafael García Duarte Salcedo, firmada por sus iniciales, en *El Defensor de Granada* (que Gallego Morell da como anónima). Asimismo contamos con algunas gacetillas periodísticas e incluso con una entrevista al grupo de alumnos y una referencia en un periódico satírico.

La crónica de García-Duarte es rica en detalles, muy minuciosa en los hechos y las personas, pero nada literaria, casi escolar, sin voluntad de estilo. Según Gallego Morell fue también el encargado de las fotografías.²⁸

El viaje se llevó a cabo entre el 24 de junio y el 10 de julio de 1915. Los alumnos, tras un prólogo en su ciudad ante el túmulo de los Reyes Católicos, visitarán Madrid, Ávila, Medina del Campo, Salamanca, Burgos, León, Segovia, El Escorial y Toledo (alguna crónica añade Zamora y Aranjuez).

Los participantes fueron un total de nueve: José Fernández Montesinos, Miguel Pizarro Zambrano, Rafael García-Duarte Salcedo, Antonio Fiestas Contreras, Ángel González de la Serna, Ezequiel Sierra Quesada, Manuel Peinado Chica, Sebastián Márquez Alcalde y Fernando Alférez Lozano. En algún lugar (incluido el propio profesor Gallego Morell en 1975) se añade un tal José Mora (o Mena) Almagro²⁹ De todos ellos, los tres primeros son sin duda los más conocidos; y Pizarro el más unido a Montesinos. Ángel González de la Serna era hermano del pintor Ismael (que ilustró, como es sabido, el primer libro de Lorca, *Impresiones y paisajes*)

García Duarte (1894-1936), hijo y nieto de catedráticos de Medicina, siguió la tradición docente familiar, además de ejercer como reconocido pediatra. En 1920 marchó pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios a París; aquí realizó varios cursos y

²⁶ Y no, como afirmó inicialmente Gallego Morell (1975), en *El defensor de Granada*, el otro periódico importante de la capital. En el libro de 1989 este dato queda rectificado (parcialmente: en las pp., 44 y 47 insiste en ello) aunque no el del título del texto que ahora analizamos, que él traba en “Comentarios e impresiones.” Peragón, que sigue a Gallego Morell, repite este error.

²⁷ El lector interesado lo puede leer tanto en el artículo de 1975 como en el libro de 1989 de Gallego Morell

²⁸ No he conseguido confirmar dónde se publicaron. Hemos deducido que pudo ser en la revista *Lucidarium*; pero no nos ha sido posible consultar esta publicación.

²⁹ Es probable que se trate del conocido autor de *FGL y su mundo*, José Mora Guarnido (1894-1967), dado que éste habla en su libro -con cierto desprecio hacia Berrueta- de su participación en estas excursiones. En las fotos, además, aparecen diez jóvenes, y no nueve.

asistió al Hospicio. Falleció fusilado por los rebeldes, (en el mismo lugar que su colega Manuel Fernández-Montesinos). Era primo del escritor Francisco Ayala. Cuando ingresó, en 1911, en la universidad, ya era miembro de la Juventud Socialista local.

De su profesión nos habla uno de sus descendientes: “Desde finales de 1927 fue también Inspector Municipal de Sanidad y desde 1933, primero de modo interino y luego ganada la plaza por oposición, organizó como jefe el Servicio de Higiene Infantil, dentro de la Inspección Provincial de Sanidad de Granada.³⁰ Su personalidad extrovertida... y su gran capacidad de trabajo lo hicieron enormemente popular en la ciudad (Rodríguez Ocaña-García-Duarte, 177).”

Su trayectoria política no fue distinta a la del hermano de nuestro autor: “En abril de 1930 Rafael García-Duarte Salcedo ingresó en el PSOE y unos meses más tarde en la UGT. Con esta militancia participó activamente en las elecciones municipales de abril de 1931, que lo convirtieron en concejal del Ayuntamiento que proclamó la República. Asimismo fue elegido diputado a Cortes Constituyentes en ese año (Rodríguez Ocaña-García-Duarte, 178).”

Montesinos le dedica un breve párrafo (“Un estudiante de Medicina [2.9]”) donde explica que, pese a no ser alumno de Letras “ha hablado en nombre nuestro... Y ha hablado muy bien”. Aunque luego, con algo de malicia, añade: “Su charla es desordenada, animada y pintoresca. Habla en andaluz.” Y concluye: “Y como ésta es una peregrinación española, y España tierra de contrastes, ved cómo en esta excursión de arte el héroe es aquel cuya profesión está alejada del arte: un estudiante de Medicina.” Parece que García-Duarte era discípulo favorito de Berrueta.³¹

Del resto de expedicionarios hay que destacar que todos eran, como García-Duarte, mayores que Montesinos: Fiestas, casi coetáneo, había nacido en 1896; el resto entre 1891 y 1895. Las fechas de graduación de todos ellos permiten ver, en efecto, que Montesinos obtuvo la licenciatura rápidamente, si bien es verdad que la mayoría compaginaba Filosofía y Letras con Derecho.

Cuando se realiza el viaje (finales de junio-primeros de julio de 1915) es presidente del Gobierno Eduardo Dato (quien cesará en diciembre de este mismo año y será sustituido por el conde de Romanones).³² Hace un año que España se ha declarado neutral en la Primera Guerra Mundial. Dado que el viaje ha sido patrocinado (aunque no muy espléndidamente, como veremos) por el Ministerio de Instrucción Pública, el grupo de granadinos se entrevista con algunos altos funcionarios y con algún político. Estos encuentros sirven también para dar publicidad al “viaje pedagógico” y al propio Berrueta³³ como organizador del mismo.

³⁰ Aquí pudo coincidir con Gregorio, el hermano mayor de los Montesinos. Por edad y por tendencia política es fácil pensar que se relacionó más con Manuel. Ambos, por desgracia, compartieron la misma muerte trágica.

³¹ En una de las crónicas, firmada por las iniciales de sus apellidos (G.D.S.) peca de cierta inmodestia: “Después el señor Duarte comenta ingeniosamente el reglamento de los excursionistas y anima a los escolares a forzar su voluntad para engrandecer la patria con el trabajo y el estudio (*El Defensor de Granada*, 8 de julio de 1915).”

³² A Romanones se lo encuentran en la catedral de Burgos, el 2 de julio, según explica García Duarte (“En la capilla del Condestable encontramos al conde de Romanones al que saludamos. El conde felicitó al señor Berrueta por su constante labor de cultura”, *El Defensor de Granada*, 8 de julio de 1915). Montesinos no alude a este encuentro. En el artículo de agosto de 1916 dedicado al dibujante Sancho sí se refiere a él: “Estamos todos los días viendo a Romanones figurado en dibujos inverosímilmente grotescos.”

³³ En Ávila los asistentes al banquete con que son obsequiados los estudiantes deciden firmar una petición al Ministro solicitando la Cruz de Alfonso XII para Berrueta. La cruz se otorgaba, en efecto, por méritos en la educación, la ciencia, la cultura, la docencia y la investigación, lo que se correspondía con los de Berrueta; sin embargo, éste fallecerá en 1920 sin haberla obtenido. Quien sí había sido recompensado con ella en 1914 fue el senador y catedrático José Rodríguez Carracido (vid. infra). En 1915 y 1916 solo se

En los dos momentos de su paso por Madrid (a la ida y a la vuelta: 25 de junio y 7 de julio) mantienen encuentros con el ministro de Instrucción Pública, que era en este período (enero a octubre de 1915) Saturnino Esteban Miguel Collantes.³⁴

A él alude una gacetilla del periódico satírico *El mentidero* (24 de julio de 1915) refiriéndose a lo escaso de la subvención otorgada (1.634 pesetas, como señala Montesinos [2.8]: “¡1.600 pesetas!, que, repartidas entre diez hombres, tocan a 160 por barba. Si hay quien recorra ocho poblaciones dando un salto de Granada a Burgos, y pasándose en la excursión dieciocho días, con menos dinero, le pagamos el viaje. Claro que, para nada, bien está lo dado; pero, ¿no produce tristeza la mezquindad cuando se piensa en los miles y miles que se llevan los profesionales de las pensiones en el extranjero (que no van...)? Este presupuesto de Instrucción hay que sanearlo, más desde ahora, en que se ha visto lo mucho bueno que puede hacerse con tan pocas pesetas. ¡Saturnino, por Dios! Ocúpate siquiera de administrar unas mijajas.”³⁵

También visitan “al subsecretario del mismo Ministerio,” que era Jorge Silvela³⁶ “y a los directores generales de Primera enseñanza y Bellas Artes.” Este último era Pedro Poggio Álvarez, que fue el primer titular de esta Dirección General creada el 12 de febrero de 1915.³⁷ El otro director general era Eloy Bullón Fernández.³⁸ Tienen ocasión de saludar a José Rodríguez Carracido,³⁹ senador por la Universidad de Granada en estos momentos y Catedrático de la Facultad de Farmacia de Madrid. Y por último coinciden en los pasillos con el diputado por Huéscar (Granada), señor José Morote Greus,⁴⁰ hermano del escritor de filiación krausista, discípulo de Giner, Luis Morote (1864-1913). De este político traza Montesinos un elogio que se ve obligado a justificar:

Sin la generosa ayuda de don José Morote, nuestra peregrinación artística tal vez no se hubiera realizado. Ahora considerad la estupenda rareza del caso. ¿Qué político se preocupa en España de la cultura artística? Sólo los hombres cultos se preocupan por la cultura. Y todos conocemos el nivel cultural de nuestros parlamentarios. Entre los que es una excepción este admirable don José Morote.

otorgaron 3 cruces, una de ellas a Mariano de Cavia. En resumen, Berrueta tenía méritos para recibirla pero quizá no la suficiente influencia política.

³⁴ Meses después le sustituiría Julio Burell, con Romanones de presidente. Es el personaje real que se esconde tras “El Ministro” de la Escena octava de *Lucas de Bohemia*; era amigo de Valle y de Sawa.

³⁵ Anónimo, “La instrucción y las pesetas,” *El mentidero*, 24 julio 1915. Hay en la gacetilla una crítica al despilfarro en subvenciones al extranjero de becarios que no cumplían sus compromisos. También Montesinos se refiere a estas paradojas: “[Berrueta] una vez pidió subvencionara el Estado otra excursión artística. Le pusieron un reparo de importancia. Le dijeron que no podían concedérsela porque el viaje era por España y la partida del presupuesto de que pudiera salir la subvención era *Viajes al extranjero*. Si viajáramos por el extranjero... [2.8].”

³⁶ Jorge Silvela Loring (1881-1936), hijo del Presidente del Consejo y varias veces ministro Francisco Silvela, fallecido en 1905. Dato le nombró subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (1913-1915).

³⁷ En sus inicios, la Dirección General de Bellas Artes respondía a la voluntad de fortalecer administrativamente la organización del citado Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes que la facultó para tramitar los asuntos de construcciones civiles relacionados con monumentos nacionales, museos, escuelas artísticas, pintura, conservatorios de música y demás entidades

³⁸ El aristócrata Eloy Bullón Fernández, (1879 -1957), al que alude García-Duarte en sus crónicas. Bullón fue subsecretario de Instrucción Pública en dos ocasiones, y director general de Primera Enseñanza, cargos que aprovechó para reformar las enseñanzas de las Escuelas Normales.

³⁹ José Rodríguez Carracido (1856-1928), Catedrático de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia, Decano entre 1908 y 1917, y Senador por la Universidad de Granada en múltiples ocasiones entre 1910 y 1923 (cuando es designado vitalicio). En su expediente del Senado consta que como catedrático tenía un sueldo anual de 10.000 pts.; cf. esta cantidad con la subvención del Ministerio (Moreno González, 2021).

⁴⁰ Era diputado por el Partido Liberal Fusionista. Entre enero y mayo de 1917 fue Gobernador Civil de Barcelona.

Están ya tan gastados todos los vocablos que en nuestra lengua expresan elogio que ya a nadie convencen en más altisonantes hipérbolos [9.]

Cuando el miércoles 7 de julio vuelven a Madrid, el señor Morote invita “a los excursionistas a un almuerzo íntimo en el restaurante *Parisiána*.” Este local, inaugurado en mayo de 1907, uno de los que más de moda en aquel momento, impresionaría a aquellos jóvenes granadinos.⁴¹

El resto de personalidades, de carácter más local, si bien parecen citados como muestra de cortesía por parte del redactor, quizá esconden otras intenciones.

Así, el “Obispo de Salamanca, Julián D. Diego y Alcolea...,”⁴² digno sucesor del P. Cámara, gran prelado de principios de este siglo [3.10].” En efecto el riojano Tomás Jenaro de Cámara y Castro, conocido popularmente como “padre Cámara,” había fallecido en 1904 tras casi dos décadas de obispado. Durante estos años intentó excomulgar al catedrático Pedro Dorado Montero, acusado por sus alumnos de materialista. Contrariamente a lo que pasó con Salmerón y Giner, el Gobierno de entonces no se atrevió a separar de su cátedra a Dorado, en parte por el apoyo del Rector Esperabé. Sin embargo, tiempo después, Cámara tuvo parecidos enfrentamientos con Unamuno, en 1903.⁴³ Conociendo estos antecedentes, la alusión de Montesinos a este “gran prelado que gobernó la grey católica salmantina... [y que] tanto se distinguió como artista...” y la posterior afirmación (refiriéndose a ambos obispos) “Conocemos nuestro episcopado y sabemos lo que es un obispo comprensivo, de criterio amplio, de fino y depurado gusto artístico,” no parece exenta de ironía.

También puede tener su matiz socarrón la alusión al “buen rector de Salamanca,” Salvador Cuesta,⁴⁴ nombrado hace un año (agosto de 1914), tras la destitución de Miguel de Unamuno. Montesinos, aunque alude a su “cordialidad encantadora” insiste en la “edad ya proveceta” de este “viejo jovial y efusivo,” que “ha sido catedrático de la Universidad de Granada [3.9].” En efecto, tenía 70 años (que contrastaban con los 50 de Unamuno, amén de su prestigio intelectual).⁴⁵

La última alusión, también salmantina, se refiere a “Don Juan D. Berrueta, el hermano de nuestro don Martín... el último humanista español, cronológicamente el último.” Detrás del adverbio parece haber una comparación implícita con don Marcelino, el polígrafo y humanista por excelencia, fallecido en mayo de 1912, cuando todavía no había cumplido los 56 años. Por muchas que fueran las virtudes de este “hombre

⁴¹ Estaba situado en la zona de Moncloa, en la Avenida Arco de la Victoria frente al parque del Oeste, en un solar de 5.000 hectáreas; el edificio de estilo modernista, contaba con una zona interior para espectáculos. Precisamente en fechas muy cercanas a las del viaje (agosto 1915), *El Imparcial* anunciaba: “Diariamente, de diez de la noche a una de la madrugada, baile de artistas con espectáculos de varietés. Entrada, una peseta.”

⁴² Arcediano, profesor, obispo de Salamanca y Sión, arzobispo de Santiago y patriarca de las Indias Occidentales (1859-1927).

⁴³ Para este episodio debe consultarse el documentado artículo de Hernández Montes. Uno de los hermanos de Berrueta, Mariano (desde sus colaboraciones en *El Lábaro*, revista dirigida por Martín D. Berrueta) se puso abiertamente en contra de Unamuno. Y también el capítulo quinto (“Crónica de una destitución anunciada”) de la documentadísima biografía de Colette y Jean-Claude Rabaté (201 ss.)

⁴⁴ Estuvo en activo en el cargo hasta su jubilación en 1918. Fallecerá en 1919. Había sido vicerrector con Unamuno (Rabaté, 332).

⁴⁵ Recordemos que esta primera etapa como Rector de Unamuno se inicia con la jubilación de Mamés Esperabé (al haber cumplido los 70 años), en 1900, hasta su destitución por Alfonso XIII, a petición del Ministro de Instrucción Pública Francisco Bergamín (el antecesor de Saturnino Esteban Miguel Collantes). Aunque los motivos aparentes fueron ciertas irregularidades administrativas, era evidente que las opiniones del gran escritor desagradaban al Gobierno. De muy distinto perfil moral, el hijo de aquél, Enrique Esperabé (1868-1966) se complacía en llamar a Unamuno “pedante de la legalidad,” opinión coincidente con la de Mariano D. Berrueta. Esperabé hijo mantuvo casi siempre una actitud hostil hacia Unamuno.

silencioso y sonriente, parco de palabras y ademanes... [de este] polígrafo grave, de entonada sonrisa [3.11]” no deja de ser una hipérbole poco favorable la comparación con Menéndez Pelayo. Tal referencia queda subrayada por el calificativo de “fino catador bergeretiano,” en alusión al personaje de Anatole France.

Con el adjetivo “bergeretiano” alude al, por aquellos años famoso, protagonista de la tetralogía de Anatole France “L’Histoire contemporaine” que había aparecido entre 1897 y 1901 en Francia. En España, su gran valedor y traductor, Luis Ruiz Contreras, había publicado ya los tres primeros títulos y, en concreto, los dos centrales (*El maniquí de mimbre* y *El anillo de amatista*) acababan de aparecer en marzo y junio de este año de 1915.⁴⁶ Ahora bien, Lucien Bergeret es un profesor de provincias que lleva una existencia doméstica e intelectual mediocre; a pesar de ello será un dreyfusista y un antimonarquico convencido de que el Ejército se ha equivocado juzgando a Dreyfus (rasgos que no parece puedan identificarse con Berrueta, devoto católico). En consecuencia, sospechamos que la frase “fino catador bergeretiano” alude a ciertos valores provincianos y a la capacidad de tocar muchas teclas sin gran profundidad, como sugiere esta frase: “Él es catedrático de Instituto..., músico, periodista, filósofo.”⁴⁷

Así, ni su maestro Martín ni su hermano podían tener queja, pero el sutil Montesinos permitía, a quien quisiera, leer entre líneas.

Más transparentes son, al menos en apariencia, las referencias de carácter literario que nos ofrecen los textos juveniles de Montesinos. De entre ellas, las más numerosas son las referentes a autores de la llamada generación del 98. En concreto Azorín y Baroja (la referencia a Machado es indirecta). A Unamuno solo alude, de manera breve, a su llegada a Salamanca (“En la estación, la Facultad de Letras salmantina nos aguarda en pleno. Allí saludamos a don Miguel de Unamuno [3.3]”), pero ya hemos indicado antes cómo la manera de referirse a ciertos prohombres (el rector, el obispo actual y el anterior) parece contener alusiones no explícitas a Unamuno, pero siempre favorables a él.

Azorín

Es la influencia más evidente. No sólo por las alusiones directas al autor de Monóvar sino por las frases y recursos inequívocamente azorinianos; hay, en fin, varios párrafos inspirados en textos del autor de *La Voluntad*.⁴⁸

Encontramos una referencia directa al final de su crónica: “Nosotros, en una dedicatoria un tanto azorinesca, hacemos ofrenda de nuestro trabajo a don Federico, a don Juan, a don Francisco, a don Guillermo, buenos burgaleses; a don José, a don Luis, a don Enrique, a don Moisés, buenos salmantinos... [11].” Y, en efecto, son varias las ocasiones en que Azorín alude a los hombres corrientes, vulgares, que tanto le interesan, al igual que los detalles ínfimos, cotidianos. Así, al comienzo del capítulo “Siluetas de Urberuaga,” del libro *Los pueblos* (1905), el primero firmado con el seudónimo Azorín, nos habla de “Don Juan, don Andrés, don Rafael, don Julián, don Félix, don Alejandro...”

⁴⁶ Los libros no llevan fecha, pero el propio traductor la señala en el prólogo al cuarto volumen (*El señor Bergeret en París*, sin fecha, pero 1917 según se deduce de este mismo prólogo)

⁴⁷ Juan D. Berrueta (1866-1959) era tres años mayor que su hermano Martín, aunque éste fallecería mucho más joven (en 1920, como ya sabemos). Publicó algunos libros divulgativos sobre místicos. En 1915 sólo había publicado *La científicomanía* [sic] y unos “Bocetos psicológicos” sobre santa Teresa y san Juan. Un tercer hermano, Mariano (1871-1956), al que hemos mencionado a propósito de la polémica con el P. Cámara, era también catedrático de instituto en León, de perfil intelectual parecido. Ambos se prodigaban en la prensa local y escribieron sendas guías de Salamanca y León.

⁴⁸ A esta obra emblemática se alude incluso en el título y en el contenido del artículo que reproducimos en el Apéndice B.

[quienes son] como todos los hombres que vosotros tratáis en la calle, en el tranvía, en el teatro... (Azorín, 1986, 100).”⁴⁹

También usa Montesinos la pregunta retórica a la manera azoriniana que sirve para crear cierta inquietud reflexiva en el lector, aunque a veces la respuesta esté implícita o aparezca a continuación. Por ejemplo, tras aludir a las virtudes como catedrático y como artista de su maestro Berrueta, añade: “¿Vosotros sabéis lo que es esto en España, donde estas cátedras se proveen entre chamarileros y anticuarios, eruditos y preceptistas, gentes estólicas que fosilizan los valores artísticos que son, por otra parte, totalmente incapaces de sentir? [1].”

O bien, en Ávila, en el locutorio del Convento de la Encarnación: “...una penumbra densa ... recata la figura de esta monja amable con la que conversamos. ¿Quién es esta monja? [2.3].” O en Salamanca, recreando el tópos del *ubi sunt*, cuando visitan la “cátedra que regentó fray Luis” y ven los bancos “grabados a punta de navaja” y se pregunta: “¿Cuántas generaciones de mozos han desfilarado por estos bancos? ¿Quiénes fueron éstos que dejaron grabados en los bancos sus nombres, o las iniciales de sus nombres? [3.4].”

O, en fin, cuando, llegados a Segovia casi de madrugada, contempla a una curiosa vecina que los mira desde una ventana, en una calle cuyo nombre quizá conoce (pero simula ignorar): “Y al pasar nosotros por esta calle -¿cómo se llama esta calle que se empina y se retuerce convulsa?-, asomada a su ventana, una diligente vecina nos mira curiosamente [6.1].”

Otro recurso propio de Martínez Ruiz es la alusión a personajes anónimos cuyas vidas sugieren al escritor reflexiones. Los excursionistas se encuentran en la Cartuja de Miraflores y aunque contemplan las “obras de arte magníficas... que atesora,” al narrador le llama más la atención el fraile que les sirve de guía: “Miramos fijamente a este hermano Jaime que nos acompaña. Quisiéramos ver lo que pasa dentro de ese cráneo, rasurado rigurosamente... [4.6].” En el artículo “Una ciudad,” del libro *Los pueblos* ya citado, además de un inicio revelador del estilo azoriniano (“Yo quisiera expresar con palabras sencillas todo el encanto que las cosas -un palacio vetusto, una callejuela, un jardín- tienen a ciertas horas”), tras entrar en una Catedral (“Toledo, o Sevilla, o Burgos, o León”), se pregunta: “¿No os interesan los canónigos? Yo os aseguro que son interesantes: hay entre ellos una variedad grande. ¿Quién es este de la cabeza fina pelada, y de los ojos grandes, luminosos, que anda raudo, callado...? (Azorín 1986, 53-54).”

El último rasgo estilístico que creemos tomó el joven Montesinos del maestro Azorín es la recreación literaria de momentos del pasado. Nuestro autor elige en concreto el difícil momento del examen de los alumnos renacentistas salmantinos que se iban a graduar y transfiere al lector la inquietud, el miedo al fracaso de estos jóvenes... El joven granadino usa la frase breve, cortada, la anáfora, la pregunta retórica, el léxico preciso y culto (*graduando, claustros, excusados*).

Este es el claustro de la catedral más antigua... Delante del altar hay un sillón frailuno. Aquí se hacían los grados. Aquí encerraban a los graduandos durante veinticuatro mortales horas. Luego, anochecido, a obscuras la capilla, entraban los examinadores. No veía el graduando sino sus siluetas. Comprendemos su mortal angustia. ¿No saldrían reprobados siempre de estas pruebas terribles? Y a una puerta de la claustra les aguardaba un carro -a estos reprobados- que les sacaba de la catedral -y siempre por caminos excusados- fuera de la gran ciudad universitaria [3.8].

⁴⁹ En el capítulo titulado “Siluetas de Zaldívar” de este mismo libro aparece una mención a Saturnino Esteban-Collantes, el ministro mencionado en la crónica del viaje.

El segundo y último ejemplo de estas recreaciones,⁵⁰ por su motivo plenamente literario, es todavía más significativo. Por Pizarro, en su artículo “Viejas ciudades castellanas,” sabemos que Berrueta les hizo leer capítulos de *De los nombres de Cristo*⁵¹ y la “Oda a la vida retirada” (Pizarro la llama “tranquila”) al tiempo que visitaban el huerto de La Flecha. Ambos hechos -la lectura, la visita- provocan en el joven crítico una espléndida evocación, en la que el paisaje, tan importante para fray Luis, tiene protagonismo:

Una huerta célebre. Penetra una lengua de tierra en el Tormes. Toda ella tan cubierta de árboles que apenas dejan un resquicio por el que los rayos de sol penetren. Los árboles, puestos en orden -para deleite y frescura- se espejan en las aguas verdes del río manso que corre a sus pies. Pues en esta huerta, un día -que era la mañana de San Pedro-, Marcelo, con Sabino y Juliano, departían sobre los nombres que a Cristo dan las escrituras sagradas. El día era apacible y la hora muy fresca. Aquí fray Luis de León vio transcurrir los únicos días felices -¡tan escasos!- de su azarosa y angustiada vida.

Desde una altura verde, con mil plantas y árboles diversos, baja una fontana pura que se despeña, que, corriendo y tropezando parece reírse. Junto a ella meditaría Marcelo una tarde como ésta, sosegada y fresca. Consideraría con estupor sus angustias, sus trabajos y desventuras. Y al fondo vería perfilarse las torres y las cúpulas de la ciudad donde tanto sufriera [3.13].⁵²

Hay todavía un par de frases en las que aparece el maestro de Monóvar; pero como ambas aluden al paisaje, las trataremos más adelante.

Baroja y Ortega

La crónica del viaje contiene una mención directa de Baroja, en concreto de su obra *César o nada*, publicada por Renacimiento en 1910. El cronista se encuentra en El Escorial y la monumentalidad “ciclópea” del edificio le sugiere interesantes reflexiones:

La historia tiene sobre nuestros nervios una eficacia inmensa. No hay hombre, por antihistórico que sea que, teniendo una sensibilidad algo afinada, no sienta emoción profunda visitando estos sitios donde los hechos históricos se desarrollaron y los protagonistas vivieron, y también los sitios en que yacen. César Moncada quedó hondamente impresionado oyendo la historia de los Borgia en la

⁵⁰ El artículo “Los grandes descontentos,” reproducido en apéndice, contiene dos retratos: uno de Cervantes (“En las tierras de Castilla, en Esquivias, moría en 1616 un antiguo alcabalero. Estos últimos años de su vida los empleó en urdir -maravillosamente- la complicada trama de una novela de aventuras”) y otro de Tirso (“Era ya viejo este fraile, de grande y aguileña nariz, ojos vivaces y burlona sonrisa.”)

⁵¹ El primer volumen de esta obra había aparecido en 1914 en edición de Federico de Onís en La Lectura. Onís, como ya sabemos, sería pronto compañero de Montesinos en el CEH.

⁵² Muchos de los rasgos que nos ofrece Montesinos están en el propio texto de fray Luis. Así, el ‘frescor’, o el ‘día sosegado y purísimo’. De todas formas, tanto Azorín como Unamuno glosaron esta bellísima descripción. El primero, en *Al margen de los clásicos* (1915), dedicó un par de textos a Fray Luis. En uno de ellos encontramos alusiones parecidas: “¿Habría en alguna remota estrella en alguno de estos puntitos brillantes que ahora, en 1914, titilean en la noche oscura, unos ojos que vean a nuestro Luis de León pasearse... por su huertecillo de la Flecha? En estas horas de silencio, de profunda calma, en que nos sentimos emocionados...” (1915, 48). El libro se imprimió en enero de 1915 (Residencia de Estudiantes), por tanto, no es descartable que Montesinos lo hubiera ya leído, dado su interés por el escritor. El texto de Unamuno es de 1895 (“De mística y humanismo”) pero no se publicó en libro hasta 1916 (vol. I de los *Ensayos* editados por la Residencia).

sala de los Borgia, del Vaticano. Nosotros, que no somos tan antihistóricos como César Moncada, miramos sobrecogidos estos humildes muebles que recibieron muchas veces el cuerpo del rey nuestro señor don Felipe II, y estos libros que él estudiaba con otros muchos desaparecidos [7.3].

Este antihistoricismo al que alude Montesinos hay que relacionarlo con la voluntad de acción del ‘cerebral’ protagonista barojiano, una voluntad de acción con la que buena parte de la juventud de aquellos años se identificó. Al mismo tema alude, de manera aún más extensa y clara en uno de los artículos inéditos que publicamos. A partir de una conferencia de Ortega⁵³ y de unas palabras de Azorín en un artículo,⁵⁴ Montesinos afirma: “Pío Baroja hubiera querido ser un hombre de acción. Hombre de acción es Baroja. Ha influido notablemente sobre la literatura española contemporánea. Pero la que Baroja ama es otra acción, de la que rebosan sus novelas; Baroja ama el tráfigo vertiginoso de los grandes viajes, las luchas violentas, los vastos negocios. Baroja no [es] hombre de acción en este sentido.” Y luego explica esta afirmación mediante una “ley psicológica:” los escritores son “grandes descontentos con su suerte” y si vivieran la vida “satisfechos de ella, no escribirían novelas.” Y resume: la novela solo la pueden inventar “unos pocos hombres de fina sensibilidad, de sutilísimo espíritu crítico, descontentos de su suerte...”

Estas frases siguen el hilo de la conferencia de Ortega, glosada en la revista *España*, donde afirma: “Por toda la obra de Pío Baroja fluye una fatal dualidad: mientras su ideología repite y lleva á forma extrema los tópicos materialistas del siglo XIX, su sensibilidad aspira hacia un mundo puramente dinámico, habitado por heroicas voluntades...”

Y ya que estamos con Ortega, no podemos olvidar otra frase aparecida en la crónica del viaje: “El del Escorial ha sido tema de diversos escritos recientes. El señor Ortega y Gasset leyó ha poco en el Ateneo de Madrid un hermoso trabajo, contribución a la *Guía espiritual de España*. Fragmentariamente le [sic] reprodujeron algunos periódicos [7.1].” En efecto, en abril de 1915 el filósofo había participado en el ciclo de conferencias “Guía espiritual de España” organizado por la sección de Literatura del Ateneo de Madrid. La conferencia aludida es, sin duda, “Temas del Escorial,” que luego se incorporaría a “Meditación del Escorial,” uno de los ensayos del volumen VI de *El espectador* (1927). Esta conferencia se transcribió completa en el número 11 de la revista *España* (9 de abril de 1915, pp. 7-8); es aquí donde Montesinos la pudo leer, dado que otros periódicos (*El Heraldo*, *La Época*) se limitaron a informar del día y hora del acto.

Ya en el inicio de ambos textos encontramos paralelismos, que muestran que el joven granadino había leído a fondo el texto. Dice Ortega: “Sobre el paisaje del Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimiento de sus aristas.” Mientras que la frase inicial del cronista

⁵³ La conferencia de Ortega, “Muerte y resurrección,” fue resumida en la revista *España*, nº 19, 4 junio 1915, p. 9 y es casi seguro que Montesinos tomó de ahí la referencia, pues la frase “un asceta calvo...” aparece en este resumen, que, por otro lado, debió de facilitar el propio Ortega, director de la revista. Parte de su contenido lo publicará un año después en el ensayo “Ideas sobre Pío Baroja” que aparecerá en *El espectador*.

⁵⁴ El artículo de Azorín es, sin duda, el que se publicó con el título de “Baroja, historiador” en *Los valores literarios* (1913) y antes en *ABC*, donde glosa la primera novela de la serie sobre Aviraneta, *El aprendiz de conspirador*. Algunas frases de Montesinos recuerdan ésta de Azorín: “...Baroja... se encuentra seducido, hechizado por la otra acción: por las idas y venidas, el afanoso tráfigo, las agitaciones populares, las empresas industriales, los largos viajes...” La idea de que Baroja ‘es hombre de acción’ es paralela a la de Martínez Ruiz cuando dice: “Un hombre de acción -para nosotros- es -Goethe; ...lo es Voltaire..., lo es Tolstoi.” Pero la inspiración principal la encontramos al final del primer párrafo, donde define a su amigo Baroja como “antihistórico y antirretórico (Azorín 1957, 195).”

granadino es la siguiente: “Recordábamos lo que habíamos leído sobre el monasterio... Y ya se destacaba del fondo gris de la sierra vecina la mole inmensa del edificio, que nos atraía con curiosidad invencible [7.1].” Aunque la frase de este último invierte los referentes, (en el texto de Ortega, las moles son los riscos que circundan el monasterio), ambos aprovechan el contraste entre el edificio y el entorno.

En fin, el artículo “Cultura y erudición,” aunque no aparezca el nombre del filósofo, no deja de ser una glosa de su pensamiento, al tiempo que nos constata que el concepto de erudición del profesor granadino, que tantas veces aparece en sus prólogos y en algún que otro comentario marginal, ya le preocupaba desde bien joven.

Conviene recordar que este texto se publica justo cuando Montesinos acaba de terminar sus estudios universitarios. Es, por lo tanto, una reflexión -nada superficial- de su idea de la Universidad y de la erudición enfrentadas al concepto de cultura.

Según su autor, erudición puede implicar sabiduría y hasta humanismo, pero no supone un determinado concepto de cultura: “La Universidad española, en su apogeo, creó al humanista. El humanismo, manera de erudición, no es cultural.” Los conocimientos eruditos que nos facilita la Universidad no nos hacen más humanos; la enseñanza superior, en el mejor de los casos, puede producir la “obra aislada” (hoy diríamos al especialista), en cambio la acción cultural tiene “un sentido práctico y real sobre el hombre. Trata, pura y simplemente, de hacer hombres perfectos.” La cultura, no la erudición, por tanto, es la que nos permite llegar a poseer “sensibilidad fina y agudeza de espíritu.” Si no somos capaces de dar un sentido a los conocimientos eruditos, de “dar coherencia a los hechos aislados recogidos,” la erudición resulta inútil, es solo un “montón de hechos heteróclitos.”

Y la conclusión, justo antes del elogio a Giner, no puede ser más clara: la Universidad debe dejar de ser “vivero de eruditos para ser semillero de hombres.” “Ninguna revolución [será] tan fecunda.” Las palabras finales, sobre su concepto de la educación y sobre su vinculación ideológica, tampoco admiten duda: “Cuando la pedagogía encarna en un hombre de sentido, que, verbigracia, se llama D. Francisco Giner, su cuidado es hacer hombres, y luego intelectuales. Y el maestro soñaba con regenerar así a España.”⁵⁵

Para darse cuenta de que el tema seguía preocupando a Montesinos más de cuarenta años después no hay más que releer esa pieza maestra del ensayismo y de la retórica que es la “Nota preliminar” al primer volumen de su *Galdós*. Allí acepta que no todas las erudiciones son malas (aunque “siempre habrá una erudición perversa, inútil perturbadora,” no será él quien se sume “a la numerosa hueste de los detractores de la erudición, cada vez más vociferantes”); y afirma con rotundidad que ciertas labores eruditas, más que “cosa de chinos,” son “de humanistas.” Y añade: “Los que nos ocupamos de estos menesteres estamos olvidando de un modo lamentable nuestro abolengo (Montesinos 1972, x y xvi).” Y se podrían encontrar reflexiones parecidas en otros textos suyos.

Machado

El último autor *aludido* es Antonio Machado, pero de nuevo de forma elíptica. En efecto, la tercera entrega se inicia con el epígrafe “Campos de Castilla.” Hoy en día cualquiera puede asociar este sintagma al poeta sevillano. No estamos seguros de que en 1915 esto fuera tan frecuente. De ahí que adquiera mayor relevancia este título, sin la mención del propio Machado.

⁵⁵ Giner había fallecido hacía poco más de un año, en febrero de 1915.

El libro, como es bien sabido, había aparecido tres años antes, hacia abril de 1912 en la editorial Renacimiento.⁵⁶ Aunque recibió poco dinero por él (300 pesetas), los 2.300 ejemplares tuvieron éxito de ventas y también de críticas: Unamuno, Ortega o Azorín lo reseñaron en distintos periódicos (*La Nación*, *Los Lunes del Imparcial* y *ABC* respectivamente). Es imposible pensar, por tanto, que Montesinos no conociera el libro, ni alguna de estas reseñas (la de Ortega, por ejemplo). El libro contaba sólo con 18 poemas (si incluimos los “Proverbios y cantares” como un solo título), es decir no era aún el texto que aparecerá en la *Poesías completas* de 1917.

El motivo por el que Montesinos no realizó una alusión más directa al poeta sevillano se nos escapa. En cualquier caso, esos “Campos de Castilla” de la crónica aparecen como un homenaje “secreto” al poeta que entonces ejercía de profesor en Baeza, amigo de Berrueta, al que Lorca visitará un año después en la etapa previa de las excursiones por Castilla.⁵⁷

El paisaje

Del paisaje, en cambio -un tema vinculado tanto a la generación de Azorín como a la de Ortega-, sí que se ocupa nuestro autor.

Tenemos por un lado uno de los artículos inéditos, publicado en *El defensor de Granada* el día de Reyes de 1915⁵⁸ (y que sería, por tanto, el más antiguo de los textos suyos que conocemos). Se inicia con un párrafo entre costumbrista y romántico, muy personal en todo caso: “Próximo a Granada, un cerrillo pedregoso, dominante e invariablemente solitario, nos es especialmente predilecto.” Desde él “se atalaya... el paisaje granadino, sobriamente elegante, suave y luminoso.” A este cerro le place subir con “un querido amigo” y desde allí “charlar discretamente de mil cosas interesantes y curiosas... discutir cien paradojas y forjar amables utopías.” Tras lo cual vuelven a Granada “vigorizados de alma y cuerpo.”

Se queja, a continuación, Montesinos del poco interés que “los literatos que han escrito sobre cosas de Granada” han mostrado por el paisaje; desinterés que a veces se convierte en descripciones inventadas y falsas. Y concluye: “Lo han desconocido o no le han dado importancia.” Y aduce como autoridad, una vez más, a su querido Azorín, a quien parafrasea: “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento del paisaje,”⁵⁹ de ahí surge la idea de un “paisaje *moral*.” Esta falsa imagen del paisaje granadino puede extenderse a la literatura andaluza en general.

⁵⁶ Seguimos para estos datos el documentado prólogo de Geoffrey Ribbans, así como el de Rafael Ferreres, dedicado por cierto a José F. Montesinos.

⁵⁷ En el ya citado estudio de 1927 publicado en alemán, Montesinos habla, claro está, de Machado, de quien destaca la contención y ‘dureza casi ascética’ ante la naturaleza. Asimismo, Andrés Soria subraya que el autor granadino ve en Machado la “voluntad de elevar el sentimiento romántico de las viejas ciudades castellanas a una interpretación trágica.” Algo hay de esto en las crónicas del joven estudiante.

⁵⁸ El propio Fernando de los Ríos escribió, poco después (mayo 1915, revista *Granada*) otro artículo titulado “El paisaje de Granada,” con bellas descripciones de Sierra Nevada. Se trata de un texto muy vinculado, creemos, al institucionismo, que termina así: “la ciudad debe salir y buscar en el campo el refinamiento sentimental de sus hijos y el enriquecimiento de su capacidad emotiva.”

⁵⁹ La frase pertenece a *La Voluntad* (1905): “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuando mejor sepa interpretar la emoción del paisaje... (Azorín 1972, 130).” En *Clásicos y modernos* (1913), en el conocido artículo “El paisaje en la poesía,” donde reseña *Campos de Castilla*, insiste en una idea parecida: “paisaje y sentimientos... son una misma cosa; el poeta se traslada al objeto descrito, y en la manera de describirlo nos da su propio espíritu. Se ha dicho que ‘todo paisaje es un estado del alma’ y a esta objetivización del lírico se alude en dicha frase (Azorín 1913, 123-124).”

En “Impresiones y comentarios” hay algunas descripciones de Castilla de hondo valor literario. Así ésta, que de nuevo nos recuerda a Martínez Ruiz, no solo por la pregunta inicial: también por la sonoridad y precisión de los términos cromáticos:

¿Cómo es esta tierra? Esta tierra es llana y rica. Amarillean los vastos tablares de mieses maduras. Son campos monótonos, campos tristonos. A veces unos pinos solitarios ponen en la amarillez de los campos unas rotundas manchas bronceínas. O son unos oteros lejanos que escalan unas encinas negruzcas los que interrumpen el monótono sucederse unos a otros de los trigales. Se ve cerca de la vía un pueblo negruzco, con tejados rojizos, Su campanario, su estación chiquita y abandonada. Un pueblo que en el yermo campo amarillo es como una mancha de un baño más oscuro. Tal vez un río pone en el páramo un culebreo de verdura. Se llama este río el Adaja, o el Tormes, o el Esgueva [3.1].

Pero, como es lógico, lo que más abunda es la referencia urbana. Dentro de estas alusiones a las capitales visitadas surge el tópico de las “ciudades muertas.” De nuevo aparece la interrogación retórica, la exclamación afectiva, la precisión en los adjetivos de colores:

Llegamos a la vetusta Ávila, ciudad muerta. ¿Por qué llamamos ciudades muertas a estos viejos poblachones castellanos, circuidos de murallas, llenos de recuerdos? Pues en estos poblachones se vive una intensa vida sentimental que mejor se puede llamar vida que el tráfago ruidoso de las grandes urbes. En la paz serena de estos días claros y fríos de Ávila, ante el fino paisaje verde, que es entre la próxima muralla granítica y la remota que forma la serranía rocosa como un hondo foso defensivo, han podido formarse los grandes pensadores y los grandes meditabundos. ¡Qué vida más intensa la de este alto y diamantino castillo interior, que todas nuestras potencias han de defender aplicadas contra el enemigo a las mil barbancas y saeteras que erizan o agujerean sus muros!... ¿Comprendéis ahora la enormidad que supone llamar a estas ciudades ciudades muertas? Vivas y muy vivas, y su ambiente el más apropiado para que nuestro espíritu pueda vivir, y una vida intensa e íntima [2.1].⁶⁰

En otras ocasiones, en fin, la falsa modernización del paisaje urbano le lleva a comparaciones con su Granada natal: “Hoy, ¿dónde está León? León está en la cripta de San Isidro. No le busquéis fuera. [...] León, como Granada, con la que no deja de tener algún parecido, tiene unas calles céntricas horriblemente modernas [5.1].”

Digamos también que todo este interés por el paisaje no puede desvincularse del proyecto iniciado por Giner de los Ríos. De ahí que sea en extremo significativo el elogio, citado antes, que realiza de éste al final de su artículo publicado en *Lucidarium*, tras afirmar que “El paisaje, como el perfume, puede tener alto valor como medio de cultura, y la música y los gratos yantares y las agradables sensaciones táctiles.”

Literatura extranjera

Queda finalmente alguna referencia a la literatura extranjera. Una de ellas ya la hemos glosado: la del protagonista de la tetralogía de Anatole France, Monsieur Bergeret.

⁶⁰ Vuelve a usar la expresión en un epígrafe para referirse a León y Segovia, pero en este último caso “mejor estaría llamarla ciudad dormida,” aunque la razón de ello es, literalmente, que visitan la ciudad en las horas que la ciudad se despereza. Ello no impide que se lleven una grata impresión de “este áureo amanecer tras las gentiles torres centenarias; de este fino paisaje...; de este gigante acueducto [6.1].”

El origen francés de la rama materna de su familia, ya señalado, nos hace suponer que Montesinos dominaba esta lengua desde pequeño y que, en consecuencia, podía haber leído estas novelas en su lengua original.

La segunda alusión francesa, sin embargo, al escritor Alfred de Vigny, nos lleva de nuevo al maestro Azorín. Está hablando el cronista del personaje del Cid; afirma que “La leyenda es sustituida por la limpia y desnuda verdad histórica.” Y se pregunta:

¿Hasta qué punto confiamos en la palabra de los historiadores? Para éstos, Rodrigo de Vivar fue sólo un *condottieri* [sic]. La fama del esforzado castellano quedó harto menguada. Estos fríos historiadores, que han hecho tabla rasa de todos nuestros viejos valores históricos, no han perdonado tampoco al caudillo castellano.” La conclusión, según él, es clara: “...estas venerables leyendas no quedan destruidas. Las abona el arte. ¿Tendríamos que traer a cuento otra vez el prólogo, tan a menudo citado, de la novela de Vigny *Cinq Mars*? Para nosotros, este solar es el de la casa del mayor castellano, no de la de un jefe de mercenarios. Y sentimos una emoción profunda al trasponer los umbrales de Santa Gadea y al contemplar los huesos del héroe, que celosamente guarda este Ayuntamiento conservador, moderno y tradicionalista [4.5].⁶¹

Con independencia de que Montesinos hubiera leído la novela histórica francesa, con su correspondiente prólogo, el origen de esta reflexión sobre el Cid está, no nos cabe duda, en el comentario de Azorín al primer volumen de las “Memorias de un hombre de acción” de Baroja que antes hemos citado.

En efecto, dice aquí Azorín: “Vengamos a la concepción histórica de Baroja. Alfredo de Vigny ha sentado, en el célebre prólogo a su novela *Cinq-Mars*, una teoría capital respecto de la Historia. En síntesis, para Vigny, la verdad del arte es más verdadera que la verdad real...” Y añade luego, tras citar unas frases del autor francés, “Sirvan de ejemplos el Cid creado por el desconocido poeta del *Cantar*, o el Felipe II, de Schiller...” Y concluye: “Será inútil, completamente inútil, que protestemos... La creación artística vivirá perdurablemente, con luminosidad inextinguible, por encima de la menguada rastrera realidad... Ante el tiempo, sin conmoverse, subsistirá la imagen de Rodrigo Díaz que el ignorado vate ha estampado en su *Poema* (Azorín 1957, 197).”

En el último artículo reproducido en Apéndice, hay unas alusiones a Balzac y a Víctor Hugo, de carácter anecdótico, que no permiten demostrar un conocimiento directo de tales autores.

Aspectos formales

En cuanto al estilo de Montesinos en estos textos juveniles se parece ya bastante, con salvedades concretas, al que le convertirá años más tarde en uno de los críticos más personales y notables del hispanismo.

Encontramos aquí el uso de algún arcaísmo, quizá excesivo hoy día pero no tanto hace un siglo, como la preposición *cabe* (“Cabe estos muros... [2.1];” “...cabe san Lorenzo nos sobrecoge [7.2.]”),⁶² el giro *ha poco* (“leyó ha poco... [7.1]”), todavía utilizado en el primer cuarto de siglo (Ortega, Pérez de Ayala), pero ya en uso decreciente,

⁶¹ De nuevo parece asomar la ironía tras estos tres adjetivos.

⁶² Azorín la usa solo un par de veces en *Antonio Azorín* (1903) y otras tantas en *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904)

según puede observarse en CORDE. O también el verbo “finar” con el sentido de ‘finalizar, acabar’ (“La primera etapa de nuestro viaje finó en Madrid [1]”).⁶³

Usa nuestro autor, asimismo, un léxico particular, unos términos poco frecuentes, poco o nada utilizados, que dan originalidad a su estilo. En este ámbito citaremos el adjetivo *álbeo*, en lugar de ‘albo, blanco’ (“La ancha nave álbea [2.10]”);⁶⁴ *disemejantes*, en lugar de ‘desemejantes’ (“Y ambos son o puestos y disemejantes... [4.6]”); o *singlera* por *risco* (“las singleras bretonas [7.2]”). Este último caso es el más sorprendente, pues se trata de un término propio, hasta donde sabemos, de Cataluña, Aragón y Valencia (del cat. “cinglera” y este a su vez de “cingle”, ‘acantilado’).

Los lectores del crítico granadino saben que siempre gustó de usar palabras inhabituales, bien que con tino y medida. Muchos lectores suyos se sorprenden la primera vez que lo ven usar el verbo “encetar” con el significado de ‘empezar, comenzar’. Aunque también parece un término de origen catalán, su uso está documentado desde el siglo XVI. Ahora bien, en este caso nos parece harto probable que lo tomara de su admirado don Miguel de Unamuno, quien lo usa (a veces en su variante epentética *encentar*) en *El sentimiento trágico de la vida* (1913) y *Niebla* (1914), entre otros textos.⁶⁵

Más allá de estas particularidades, el joven escritor usa discretamente algunas figuras retóricas, sin llegar a convertir la crónica en un texto pretenciosamente literario. Hemos podido detectar varias metáforas o imágenes logradas, el uso de algún tópico no vulgar, y hasta una aliteración.

Empecemos por esta última. La encontramos al final del apartado [2.3], tras hablarnos de una monja del locutorio del convento de la Encarnación de quien alaba su “sentido exquisito de la musicalidad;” su relato es tan vivo que “vemos a la Santa en éxtasis. En tanto nos acaricia el oído este sonar, como el gorgoteo de una gárgola, del relato monjil.” Es probable, además, que Montesinos conozca la etimología de gárgola (del fr. *gargouiller*, ‘gorgotear’) y juegue con ella.

En [3.4], en el epígrafe dedicado a la cátedra de fray Luis de León escribe unas preguntas retóricas de resonancias azorinianas para sumergirnos en el tópico del *ubi sunt*, como hemos visto más arriba.

En cuanto a las imágenes y metáforas, encontramos desde el inciso brillante de corte clásico: “En el horizonte -incendio de oro- destacaban distintas las torres segovianas” [6.1], pasando por la metáfora ingeniosa, con forma aforística y, quizá, de raigambre orteguiana: “San Lorenzo es un dolmen civilizado” [7.2], hasta la frase que no hubiera desdeñado su amigo Federico: “Tal vez un río pone en el páramo un culebreo de verdura [3.1].”

Del uso de la ironía hay varios ejemplos concretos, como hemos visto en el apartado dedicado a los hombres públicos que aparecen en la crónica viajera, pero el artículo “Los buenos y los malos” es todo él un magnífico modelo de esta figura, a través de la crítica social, la hipocresía y el patriotismo mal entendido.

Hay, en fin, otras imágenes que nos sugieren un uso del detalle casi expresionista, a través de la personificación de sendos mascarones: “Esta imaginación calenturienta de los artistas del medievo por todas partes resplandece... Aquí hay un mascarón que sonrío con una sonrisa que nos hiela” [2.6] o bien: “Y cerca del techo, sosteniendo las

⁶³ También el maestro de Monóvar usa, una sola vez, este verbo con el mismo sentido, en *Al margen de los clásicos* (1915, 63): “... en los días del otoño, cuando va finando la estación...”

⁶⁴ Descartamos que sean innovaciones del cajista por tratarse de una *lectio difficilior*.

⁶⁵ Ya señaló el gusto de Montesinos por este término el académico Álvarez de Miranda (1997, xiii). Por otro lado, en el último de nuestros textos, “Antonio López Sancho” aparece ya una de las muletillas (propias también de Unamuno y de Ortega) del Montesinos maduro: la referencia a Pero Grullo.

nervaduras... unos mascarones se ríen con una risa horrible, mostrando sus dientes de piedra amarilla [3.7].”

4. CONCLUSIONES

De todo lo anterior se concluye que, además de los textos recuperados por Gallego Morell hace casi medio siglo, existen otros que completan la bibliografía no académica de Montesinos y que nos perfilan la imagen juvenil del autor. Entre ellos se encuentra el más antiguo hasta ahora conocido (Apéndice A), de enero de 1915. A éste hay que añadir el de la revista *Andalucía* (abril 1915), citado pero casi desconocido (Apéndice B), los dos de agosto del mismo año (C y D) que parecen aprovechar el éxito de las crónicas por Castilla (junio-julio 1915). El último (E) es ya un año posterior (agosto 1916), al igual que el de *Lucidarium* (junio 1916), que puede leerse en la tesis de la Dra. Peragón (así como el publicado en el número 2 de *Andalucía*). Todo ello muestra la participación activa del joven granadino en el ambiente cultural de su ciudad.

De aquellos años conservó la amistad con muchos de los que participaron en todos aquellos proyectos: Melchor Fernández Almagro, Miguel Pizarro, el propio García Lorca, entre otros. La relación con este último, como muestran las cartas conservadas (publicadas solo parcialmente) fue estrecha incluso antes del vínculo familiar. La protección y ayuda de Fernando de los Ríos le permiten acceder al Centro de Estudios Históricos y, ya en plena guerra, ir a Washington como Agregado cultural.

Todo este corpus de textos juveniles (el más antiguo con 18 años recién cumplidos) nos muestran ya aquel estilo nada vulgar, a veces elíptico, irónico, integrador de un “lenguaje literario general, hecho de elementos cultos y populares,” con un léxico de abolengo literario, pero no arcaico (Guillén 2007, 334) que deja intuir su *manera* posterior; las descripciones y el sentimiento del paisaje son de alto valor literario y traslucen una formación precoz y poco común, incluso en aquella generación de grandes escritores. Una referencia explícita al “maestro” Giner de los Ríos, además, nos permite situarlo en un contexto institucionista, de regeneración de España (“su cuidado es hacer hombres, y luego intelectuales”).

De los autores que le influyen en estos años, Azorín ocupa el primer lugar: en sus textos se hace evidente el estilo de frase breve y sintaxis simple del maestro de Monóvar, pero Montesinos también muestra haber leído su obra novelística (*La Voluntad*, 1902), los “Ensayos de vida provinciana” (*Los pueblos*, 1905) de los primeros años del siglo así como la tetralogía que empieza con *Lecturas españolas* (1912) y termina con *Al margen de los clásicos* (1915). Esa lectura atenta le sugiere reflexiones nada superficiales a propósito de la relación entre historia y literatura, por ejemplo, derivadas de la lectura de *César o nada*, de Baroja (1910).

Las referencias a Machado y Unamuno, en cambio, son en apariencia menos detectables; en todo caso, la publicación de estos textos permitirá a los especialistas localizar influencias que nos han pasado por alto. En cuanto a las del segundo, es probable que se iniciara o intensificara, ya en Madrid, cuando se publican los siete volúmenes de sus *Ensayos*, tan bellamente editados por la Residencia de Estudiantes a partir de 1916.

Lo cierto es que, años más tarde, en 1959, reconocería que estos autores fueron sus “guías y maestros en muchas cosas, pero ¡ah!, no cuando se trataba de esencias españolas, que ellos, incomprensiblemente no sintieron.”

Si en la carta a Silverman reconoce que aprendió “literalmente” a leer con las *Meditaciones del Quijote* (1914), con dieciséis-dieciséis años, la lectura de estos textos juveniles confirma lecturas, no menos atentas, de lo que Ortega escribía en la revista *España* (números de abril y junio de 1915). Montesinos y su generación tuvieron la suerte

de verse incitados por estas reflexiones, sin dejar de ser nunca lectores acrítricos. Así lo muestran las ideas del joven granadino sobre la erudición, por ejemplo.

Quizá también son de origen orteguiano sus reflexiones sobre arte, visibles en “El paisaje granadino en el arte” y en “Antonio López Sancho.” En concreto, este último y largo artículo se compone de una primera parte reflexiva, sobre la condición del artista, antes de pasar al elogio del dibujante y caricaturista.

Alguna consecuencia puede sacarse de sus orígenes familiares. Su familia, acomodada sin más, no pertenecía a la burguesía terrateniente, como la de García Lorca. Además, la temprana muerte del padre, contable de la Banca Rodríguez-Acosta, no ayudó a que esta situación mejorara. La dedicación a la medicina de sus dos hermanos se vio empañada y condicionada por la trágica y temprana muerte de Manuel, el pequeño. La *huida* a Madrid de José quizá no estuvo motivada solo por motivos académicos.

En fin, queda su compromiso político, bien conocido a partir de su regreso a Madrid, tras el período en Hamburgo. Pero la voluntad política de Montesinos ya se ve reflejada en el temprano artículo “Los buenos y los malos,” donde en plena polémica entre aliadófilos y germanófilos critica la mentalidad pequeño burguesa y egoístamente patriotertera del tendero y parece decantarse por una postura neutral y pacifista.

Todos estos datos permiten intuir que hay todavía terreno por investigar, sobre todo del período referente al Centro de Estudios Históricos, pero también los años en Francia durante la ocupación alemana o el período de Berkeley.

Asimismo, el ámbito epistolar todavía puede deparar algunas sorpresas. Las cartas publicadas por Montse Amores así lo indican. Bajo mi modesta opinión, sería deseable localizar, en primer lugar, las cartas que Montesinos envió a su amigo Marcel Bataillon, siguiendo el hilo tan bien trazado por Simona Munari con otros corresponsales del gran hispanista francés (Américo Castro y Jean Baruzi).⁶⁶

Por último, la búsqueda hemerográfica -gracias sobre todo a las hemerotecas virtuales- también puede seguir dando resultados positivos.

⁶⁶ En Granada, en la Casa de los Tiros, existen fondos archivísticos que también se podrían sondear (aunque es probable que -todo o parte de- lo referente a nuestro autor fuera destruido durante la guerra). Asimismo sería de interés averiguar el vínculo profesional y de amistad entre el padre de José F. Montesinos y la Banca Rodríguez-Acosta en los Archivos de la Fundación del mismo nombre. Este archivo contiene, además, documentación sobre el Partido Conservador, controlado durante años por la propia familia.

5. APÉNDICES

A) José F. Montesinos. “El paisaje granadino, en el arte,” *El Defensor de Granada*, (miércoles, 6 de enero de 1915): 1.

Próximo a Granada, un cerrillo pedregoso, dominante e invariablemente solitario, nos es especialmente predilecto. Se atalaya desde allí este paisaje granadino, sobriamente elegante, suave y luminoso. Nos place espaciar los ojos por esta inmensa vega, escrutar la lejanía cerrada por borrosas montañas azules, descubrir los pueblecillos y los caseríos, delatados por el humo pesado y gris de las chimeneas, y profusamente diseminados por toda la llanura. El río corre entre alamedas y choperos.⁶⁷ Ahora estos tablares de naciente sembradura tienen una hermosa colaboración suave y aterciopelada, en disorde ensamblaje, con hoscas eriazos manchados por los plomizos olivos, dispuestos en alineación irreprochable. Es un paisaje de infinita y comprensora amplitud; da una intensa y confortadora sensación de imperturbable sosiego. Nos place, frecuentemente acompañados por un querido amigo nuestro, subir a esta eminencia, y a la vista de este paisaje charlar discretamente de mil cosas interesantes y curiosas, y tras discurrir cien paradojas y forjar amables utopías, lo que suele coincidir con el crepúsculo, tornarnos a Granada vigorizados de alma y cuerpo.

Se nos ocurre que el paisaje granadino aún no ha entrado definitivamente en el arte. Se ha discutido estos días, muy acaloradamente por cierto, sobre la existencia y excelencias de la literatura granadina; se han propuesto diversas y contradictorias conclusiones. Esta literatura, de existir, pudiera presentarse como un caso anómalo verdaderamente curioso. Apenas nuestros literatos, los literatos que han escrito sobre cosas de Granada han parado mientes en nuestro paisaje. Lo han desconocido o no le han dado importancia. Ni una página brillante o calurosa puede ofrecer nuestra literatura a este respecto; no han sabido nuestros escritores amar ni comprender la naturaleza. “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento del paisaje,” ha dicho *Azorín* en muchas ocasiones. La anomalía que pudiera citarse —caso único, insólito, estupendo— es esta: La existencia una literatura regional apenas influenciada por el paisaje de la región venero de sus inspiraciones.

Esto nos lleva a considerar la realización estética de la vida andaluza del paisaje *moral*, como dice el ya citado Martínez Ruiz, que guarda estrecha relación de paralelismo con el paisaje físico. ¿Cómo se ve la vida granadina a través de esta literatura en entredicho? Yo creo que no se ve⁶⁸ de ninguna manera. (Recordamos al escribir esto, alguna insoportable novela que leímos con deleite cuando chicos, donde unos monigotes— que no personajes— dicen usando un bárbaro e insufrible lenguaje una porción de tonterías. Luego como ella le quiere como una fiera, pues... se casan y viven felices. La acción se desarrolla tal vez en el populoso Albayzín [sic], tal vez en las cuevas del Sacro Monte).

Sería curioso estudiar cómo hemos llegado a adquirir la noción que tenemos— al menos para los efectos literarios de Granada y en general de Andalucía— ¡oh la Andalucía sentimental, apasionada y trágica! El origen todo está en la poca curiosidad de nuestros literatos. En vez de estudiar con verdadero amor, para más enaltecerla, su patria chica, hallan más cómodo, e indudablemente lo es, inventarla. Esto se hace muy fácilmente, por poca imaginación que se tenga. Así el paisaje es inexacto e inexacta la gráfica de la vida que ellos dan en sus libros. Las supercherías se imponen, crecen, se reproducen... pero no mueren. La leyenda de España que tanto divierte a los franceses se formaría probablemente así.

⁶⁷ Suele usarse en femenino: “choperas.”

⁶⁸ En el texto original, “va,” errata que subsanamos.

Se protesta. Es inútil. Lo único eficaz para destruir la leyenda de Andalucía, de Granada sería... crear una obra de arte enorme. No olvidemos que lo que se intenta destruir, por obras de arte ha sido propalado.

¿Qué literatura es esta que, en vez de esforzarse por descubrir el alma andaluza, granadina, la ahoga con sus supercherías? Ni la naturaleza, ni la vida ciudadana...

¿Qué literatura es esta? Algo ha de consolarnos el convencimiento de que no estamos solos. Achaques son éstos comunes a varias literaturas regionales: Se censura sobre todo a la literatura andaluza en general (no está sola Granada: Sevilla, Córdoba...). Pero “se comienza a pintar a Andalucía como es... Poetas y prosadores comienzan a darnos la visión exacta y concreta de su tierra...” En Granada no sucede tal cosa. Poetas y prosadores se tiran los trastos a la cabeza, nada más...

Nosotros, el principio de nuestra renovación literaria lo vemos en la pintura. No sería la primera vez que la pintura diera orientaciones al arte literario.

B) José F. Montesinos. “De *La Voluntad* y de la *Gaceta*,” *Andalucía* (nº 1, 10 de abril de 1915): 8-9.

Los dos hechos se han desarrollado en la provincia de Murcia. Véase la narración del primero en *La Voluntad*, epílogo II.⁶⁹ Se desarrolló, hemos dicho, en tierras de Murcia; puntualizando más, diremos que en tierra yeclana. Escuetamente expondremos lo ocurrido. Ello fue que en Yecla se fundó una residencia de Escolapios. Aquellos buenos Escolapios, hombres ingenuos y de buena fe, establecieron un colegio. “Antes del año 1860, todos los pequeños labradores dedicaban sus hijos a la agricultura, después de ese año todos los hacen bachilleres.” Todo esto es muy natural. Estos buenos labriegos de la huerta de Murcia, excelentes padres de familia, colmarían de bendiciones a los sencillos e ingenuos Escolapios, que iban a hacer la felicidad de Murcia fundando un colegio. Porque los buenos labriegos ven ahora desarrollarse claramente ante ellos el porvenir de sus hijos. Los hacen bachilleres. Estos pobres labrantinos huertanos tienen una carga más que soportar; pesadas son aquellas con que los gravan el Fisco y los amos de las tierras que tienen arrendadas, toman sobre sus hombros esa otra de costear a sus hijos educación y carrera. Todo, por que nos les encallezcan las manos los aperos, todo, antes de que tengan que ir tras el arado. Lo cual es natural, hasta cierto punto natural. Tampoco es extraordinario, aunque lamentable, lo que sigue: “El cultivo de la tierra ha quedado en manos de los más ineptos, aquellos que de ningún modo han podido apechugar con el trivio y el cuatrivio.” Sobreviene una crisis agraria. La que hubo luego que terminó el tratado con Francia sobre exportación de vinos. Esta gente ya no sabe qué hacer, se encuentra irresoluta, desorientada, perpleja. Yecla se arruina. Pero Yecla cuenta con un sinfín de bachilleres, con buena copia de licenciados, con algunos doctores. Licenciados y Doctores en Derecho, es sabido. Estos jóvenes se preparan para unas oposiciones. Saben que la carrera de Derecho tiene muchas salidas; aspiran a escapar por alguna de ellas. Son los clásicos señoritos de pueblo. No nos dice el ilustre narrador –pero nosotros lo adivinamos– que en Yecla hay ahora, transcurrido medio siglo, desde el establecimiento del malhadado colegio, doble número de garitos y prostíbulos de reciente fundación...

El reverso de Yecla es Pinoso. Pinoso era un pueblo pequeño y joven en los aledaños de la vetusta ciudad ruinoso. Pero Pinoso, como joven, es un pueblo exuberante y enérgico. Este pueblo es de negociantes, de labradores, de industriales. Y estos buenos señores se han ido apoderando de una tercera parte de la propiedad rústica de Yecla. A sus manos han ido a parar en su mayor parte los bienes de estos señoritos que se preparan

⁶⁹ *La Voluntad* consta de tres Epílogos, que en realidad son otras tantas cartas dirigidas a Baroja. En el segundo, Martínez Ruiz da los “datos de sociología práctica y pintoresca” que son aquí glosados por Montesinos a lo largo de los dos primeros párrafos.

siempre, anhelosos de escapar por algunas de las innúmeras salidas que franquea y desembaraza esta nunca como se debe alabada carrera de Derecho.

El segundo hecho a que nos referimos es más reciente: es la fundación de la Facultad de Derecho de Murcia. Ahora, la capital. Antiguamente, el que tenía que seguir sus estudios universitarios, necesitaba ir a Valencia, venir a Granada. Ahora, como el 99 por 100 estudia Derecho, las dificultades se simplifican. Aumentará el número de juriconsultos y jurisperitos. Con ésta son 10 las facultades de Derecho que en España existen; salen anualmente de ellas de 500 a 600 licenciados; este fluir de togas, este llover de birretes es incesante e inacabable.

Quinientos mozos dispuestos a prepararse. Encantados del gran número de salidas de la carrera. Se preparan toda la vida; rara vez estas salidas se franquean para ellos. A menos que se cuenten como salidas los empleos oficinescos, el covachuelismo, etc.

Es doloroso. Es de los más graves síntomas del mal de España. Esta gente necesita colocarse; se coloca gracias a las influencias; ha de haber para todos. Y no cabe esta colocación de tanta gente, no ya inútil, pero nociva, sin una complicación monstruosa de nuestro mecanismo burocrático. Ampliad las salidas. Todo en creciente. Se complicará dicho mecanismo y la lluvia de birretes será más densa, engañada con tan falaz señuelo y tan pobre incentivo. ¡Más empleos! Y no solo es el caso de Yecla o de Murcia. Es el caso de España. Pero si Yecla muere, no faltará un Pinoso al lado que, absorbiéndola, haga de sus baldíos, terrenos productivos y ponga en nueva y más activa circulación sus valores amortizados. Todo queda en España. Pero cuando es España entera la atacada del mal... ¡Este peligro horrible del Pinoso implacable del otro lado de las fronteras!...

C) José F. Montesinos. “Comentario.⁷⁰ Los buenos y los malos,” *Noticiero granadino* (11 de agosto de 1915): 1⁷¹

Por descontado, el hombre mejor es el más sumiso; el mejor ciudadano el que más [doctamente] se somete a las leyes; toda [moralidad] es sumisión. Y todo pecado tiene por origen una rebeldía. Pero solo el hombre moral puede considerarse buen ciudadano; en resumen, el verdadero ciudadano es el hombre bueno por todos conceptos. A este buen tendero de comestibles, que gana honradamente su vida y respeta la de los demás, podemos tomar como ejemplo de buen ciudadano, a este honesto lencero. O a este modesto rentista. Notemos que todos ellos son hombres pacíficos, que la sola idea de una posibilidad de derramamiento de sangre es bastante para desequilibrar su bien equilibrado sistema nervioso. Como malos —aparte de los declarados criminales— podemos considerar, según [ellos], al vagabundo, al revolucionario.

A la nación de la que son súbditos estos buenos y malos ciudadanos, le ha declarado la guerra una potencia vecina. Esta potencia sostuvo antaño contra aquella largas y [pérfidas] luchas; tal vez le arrancó dilatados y fértiles territorios; el patriotismo de los buenos ciudadanos quedó con ello profundamente irritado y herido... Los de la nación provocadora que esperan de la guerra el engrandecimiento de su patria acogen su declaración con gran entusiasmo. No quedan, naturalmente, en esto las cosas. Los Gobiernos de ambas potencias hacen un llamamiento [a...as] La orden gubernamental ha de ser por todos los buenos ciudadanos acatada. Porque ambas naciones necesitan de los hombres [buenos] para hacerse la guerra mutuamente. Si no acudieran, ¿cómo sería posible la guerra? Pero no haya temor. Siendo lo primero, [tan] sumisos los buenos ciudadanos, ¿cómo no cumplirán esta orden terminante de alistarse sin pérdida de

⁷⁰ Hoy diríamos “Opinión.”

⁷¹ Esta columna, al estar en la parte cercana al cosido de la encuadernación, se lee con dificultad; por ello hay algunas palabras entre corchetes, que son solo probables; e incluso alguna que no hemos podido descifrar.

momento? Y aquí tenemos una tremenda paradoja, que queríamos hacer notar al lector, y que el lector habrá notado ya. En efecto: la guerra, maldad suprema, solo es posible por los hombres buenos, solamente por los hombres buenos y gracias a su bondad precisamente.

Dejarían de serlo los buenos ciudadanos si no cometieran la suprema maldad de hacer posible la guerra, y de contribuir a ella. Si no acataran la orden imperial o real que les impone alistarse, instruirse, marchar al frente y allí matar. Los tenderos, lenceros, rentistas, etc. de esta y aquella nación, frente a frente. Y todo porque son hombres buenos, buenos ciudadanos, dóciles patriotas.

D) José F. Montesinos. “Comentario. Los grandes descontentos,” *Noticiero granadino* (27 de agosto de 1915): 3.

Don José Ortega y Gasset, hablando en la Residencia de Estudiantes de Madrid, acerca de la personalidad y de la obra de don Pío Baroja, hacía notar un hecho curioso. En efecto: por los libros ya numerosos y siempre admirables de este autor, sabemos de su predilección por los aventureros, los vagabundos, los hombres de acción; pero Baroja es un hombre sedentario y pacífico, “un asceta calvo lleno de bondad y ternura, que pasea calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo...”⁷² De esto mismo hablaba Azorín en un artículo, y más detalladamente. Pío Baroja hubiera querido ser un hombre de acción. Hombre de acción es Baroja. Ha influido notablemente sobre la literatura española contemporánea. Pero la que Baroja ama es la otra acción, de la que rebosan sus novelas; Baroja ama el tráfigo vertiginoso de los grandes viajes, las luchas violentas, los vastos negocios Baroja no [es]⁷³ hombre de acción en este sentido.⁷⁴

No es este hecho una simple anécdota; más una ley psicológica. Siempre los grandes artistas son grandes descontentos con su suerte. Unas veces abominan de la época en que viven; otras del medio en que su actividad se des arrolla, otras de su misma condición: quisieran ser de otra manera. Casi siempre se parecen los protagonistas de las creaciones literarias a sus autores; rara vez viven aquellos la vida de estos. Y si la vivieran querrían vivir esta que ahora viven. Y si la vivieran satisfechos de ella, no escribirían novelas.

Hemos oído señalar como fundamento psicológico de la novela, éste: que la humanidad quiere consolarse de sus desdichas soñando una vida mejor que esta que vive. La humanidad es una abstracción y una abstracción no puede crear el arte. Inventarían la novela unos pocos hombres de fina sensibilidad, de sutilísimo espíritu crítico, descontentos de su suerte y que hubieran querido ser no como Dios les hizo, sino de otra manera.

En las tierras de Castilla, en Esquivia[s], moría en 1616 un antiguo alcabalero.⁷⁵ Estos últimos años de su vida los empleó en urdir -maravillosamente- la complicada trama de una novela de aventuras. Pasan los protagonistas de la obra por tierras diversas. Por

⁷² Como ya hemos indicado, la fuente de este texto es el artículo “Muerte y resurrección,” aparecido en la revista *España*, nº 19, 4 junio 1915, p. 9.

⁷³ Suplimos el verbo que, por errata, no aparece en el original.

⁷⁴ El artículo de Azorín al que se refiere es “Baroja, historiador” aparecido en *Los valores literarios* (1913), aunque expone ideas parecidas en otros lugares.

⁷⁵ Estos tres párrafos, dedicados a Cervantes, a los copistas medievales y a Tirso de Molina, deben considerarse como ejemplos de lo dicho anteriormente, de esa “ley psicológica” según la cual los autores “rara vez viven” la vida de sus protagonistas.

tierras comprendidas dentro del círculo polar del norte, anduvieron. Cuando ya al autor le restaban días tan solo, de vida, después de mil andanzas por tierras de sol.⁷⁶

Unos simpáticos monjes vivían retirados, lejos del mundo y de sus vanidades, en un conocido monasterio. Los monjes consagraban la vida al rezo y al estudio. Escribían en unos anchos pergaminos, en bárbaro latín, una erudita obra. Y era de las hazañas de los guerreros, y de batallas de lo que la obra trataba.

Otro buen fraile, mercedario, vivía en Madrid. Era a mediados del siglo XVII. Era ya viejo este fraile, de grande y aguileña nariz, ojos vivaces y burlona sonrisa. Sus costumbres eran ejemplares, y era muy gran letrado. En su orden -la de los mercedarios- desempeñó diversos cargos importantes. Escribió numerosas y admirables comedias. Comedias de amores. Conviene a las obras de este género, como a toda la literatura imaginativa, lo que de las novelas llevamos dicho. La más famosa comedia entre las que este fraile compuso, la de las aventuras de aquel libertino sevillano, extremo de toda maldad, y celeberrimo por las muchas que cometiera, a quien Dios castigó de la manera ejemplar que en aquélla se representa...

E) José F. Montesinos. “Comentario. Antonio López Sancho,” *Noticiero granadino* (31 de agosto de 1916): 1.⁷⁷

Proteger a un artista es algo esencialmente distinto a premiar a un honrado ciudadano. Un honrado ciudadano es igual a otro ciudadano honrado. Un artista, en cuanto artista, es único y solo. Proteger a un artista es acentuar ilimitadamente esta personalidad suya.

Solo alcanzan su plenitud las cosas extremadas. Perfeccionar una cosa es extremar sus cualidades típicas, según una norma eterna.

La virtud artística arranca de una como hipertrofia de la personalidad. Si un gran artista deja a su posteridad un mundo nuevo no es sino porque supo conservarse de suerte que jamás se pareció a otro. Puede observarse que, en las épocas de renacimiento, se han realizado por literatos y filósofos una extraordinaria exaltación de la personalidad y los hombres han sido más ellos y menos los otros, y la obra ha sido fecunda.

El desarrollo de la propia personalidad, como la independencia nacional, y como toda independencia no se da si nos es económicamente posible. Por esto se protege materialmente a los artistas, no vaya a malograrlos la pobreza en que viven. Pero en esto de la protección de los artistas se da un extraño fenómeno muy digno de estudio. Se sitúan frente a frente el organismo oficial dispensador de estos favores y mercedes, y un artista más o menos genial, que vive en la inopia, quieren comunicarse; pero las palabras tienen para ellos distintos sentidos. El artista pide que le faciliten medios de estudio. Para ello lo mandan a un sitio cualquiera, siempre y cuando que en él haya muchos museos. Toda garantía es poca contra una mala inversión del dinero, siempre posible. Su mejor inversión, claro es, sería precisamente la que tanto tienen los que pensionan. Tal vez sería más fecundo en resultados pensionar a los artistas para que se divirtieran...

Pero los burgueses son serios, muy serios y exigen que se estudie seriamente.

⁷⁶ No hay que olvidar que Azorín fue uno de los que reivindicó el *Persiles* precisamente, que es la novela de la que nos habla Montesinos.

⁷⁷ La polémica alrededor de este artista (en lo que parece más bien una querrela generacional) era antigua. Un año antes (18 de septiembre de 1915, en *Gaceta del Sur*), Mora Guarnido contestaba un “suelto” reciente en el que, según dice, se le acusa de “granadófobo” a raíz de cierto éxito de López Sancho, cuando en realidad él fue el primero en elogiar al “genial dibujante.” Recuerda a los lectores la aparición del “periodiquillo *Andalucía*... que yo y otros amigos editamos... Allí publicó Sancho su primer dibujo y allí le hice yo el primer elogio.” Aprovecha, en fin, para promocionar el *Libro de Granada*, que Ruiz Carnero y él han editado, ilustrado precisamente por Sancho.

Ahora se habla en Granada de pensionar a unos artistas. Ignoramos en qué condiciones concederá la pensión el Ayuntamiento. Una buena elección le rehabilitaría y podríamos perdonarle antiguos y mortales pecados. No podemos nosotros juzgar estas elecciones y designaciones con el criterio de un concejal. Nosotros enumeramos méritos artísticos ¿Hemos de tener en cuenta solamente los méritos artísticos? Cuando Balzac presentó su candidatura a la Academia Francesa, algunos ilustres académicos, Víctor Hugo entre otros, la acogieron con simpatía. Pero la mayor parte eran contrarios al gran novelista. Y decía uno de estos a Hugo, no sin cierta impaciencia: “¡Los méritos! Usted solo tiene en cuenta los méritos de Balzac; solo tiene usted en cuenta que Balzac merece ser académico.”

Tenía razón aquel buen hombre y le faltaba a Víctor Hugo.

Antonio López Sancho es un admirable caricaturista, y sobre caricaturista, pensador. Grande es el caricaturista, pero el pensador es más grande. El pensador y el hombre. Y si es gran caricaturista es, precisamente, porque es gran pensador

Al revés de la pintura, con la que tiene muy externas relaciones, la caricatura es un arte puramente intelectual. La caricatura es una forma de la crítica. La crítica es comprensión y justificación, y valoración de un estado de cosas o de creencias. No se logra pura sino en momentos de plenitud y en épocas de prosperidad. Cuando la vida es próspera, la cultura se difunde y los hombres laboran en jubilosa cordialidad. Las naciones más ricas son las únicas que logran la fijación y perennidad de estos florecimientos que en otros pueblos son huidores y breves, y alternativos con otros letárgicos y de inercia y de marasmo. Todas estas verdades que voy descubriendo con la colaboración de Pero Grullo nos explican por qué en España, que no ha gozado sino raras veces momentos de intensa vida intelectual, ha faltado, entre otras muchísimas cosas, un arte de la caricatura.

Decía cierto crítico de arte español que el defecto de este capítulo en nuestra historia artística era debido a cierto género de cobardía, muy nuestro y cada día creciente: cobardía ante los poderes y las instituciones. No lo entendemos. Estamos todos los días viendo a Romanones figurado en dibujos inverosímilmente grotescos y con leyendas explicativas nada piadosas, y a nadie han metido en la cárcel por ello, que sepamos. Ni por nada análogo, ni aun por cosas peores. Claro que todas esas caricaturas son malas. Pero, ¿deberemos a nuestra cobardía el que no sean mejores? El que se atreve a hacer una caricatura, tan infeliz como sañuda, ¿será por miedo por lo que no hace otra buena? Ni el caricaturizar se reduce a figurar caciques en actitudes más o menos ridículas.

Cabalmente hoy empleamos este término, *caricatura*, para designar obras artísticas muy diversas. Seguramente no es acertada ni exacta esta manera de designación genérica, pero como todas las cosas, tiene su sentido. Tampoco es exacto, ni justo, llamar *decorativa* a cierta pintura, y también tiene su sentido la denominación susodicha. Es, sencillamente, que se apartan ya en dos grupos obras que se estudiaban juntas sin más fundamento que la comunidad de medios materiales de expresión y la mera semejanza formal. Hay una pintura en la cual la línea y el color valen por sí mismos con un valor estético, y otra en que el color y la línea tienen un valor conceptual. Son la forma plástica de ciertas ideas generales. Así, para que esta especie de arte pictórico sea posible, es necesario, primero, que haya más ideas en la cabeza de unos hombres que componen un pueblo.

Ahora España se hace más pensadora y meditabunda por reacción contra un pasado lamentable de frivolidad Y vale la pena de ser optimistas. Cuando en España, a pesar del hambre y de las otras calamidades, brotan ideas, es de esperar que así que el hambre se aplaque y las plagas que nos agobian desaparezcan pesemos mucho en la vida intelectual de Europa. Y un pueblo que piensa, hallará los medios de acabar con sus plagas.

Entre los artistas más jóvenes hay algunos que cultivan la caricatura de modo admirable. Se anuncia ahora, en el albor de un renacimiento. Su obra cuajará cuando por ellos mismos se logre ese renacimiento. Advienen al mundo del arte ahora, y no en los tiempos turbulentos en que la plebeyez del ambiente se dejaba sentir en todo, que vieron aparecer y [difundirse]⁷⁸ a *El Cencerro*⁷⁹ (Así Goya vivió en el albor de la España moderna y Daumier en el de la moderna Francia). Entre ellos está Antonio López Sancho, y entre los más ilustres. Yo hubiera querido ejemplificar con su arte estas divagaciones inconexas, a las que quiero poner fin con un elogio del artista.

Prescindiendo del valor artístico de su obra, el solo esfuerzo que supone es de una alta ejemplaridad. Hace poco más de un año, una revista granadina, *Andalucía*,⁸⁰ publicaba los primeros trabajos de Sancho. En los breves meses transcurridos, el artista — un admirable dibujante puesto al servicio de un extraordinario cerebro—ha conquistado un prestigio sólido. Que los jóvenes artistas granadinos hagan examen de conciencia y que ella les diga con la sinceridad que hace posible el secreto, si en el lugar de nuestro caricaturista no hubieran hecho otro tanto.

Así Dios les haga capaces de mayor esfuerzo que este que loamos, y mejor premiado con mejor fruto, y más abundante. Y que el Divino Paráclito descienda, hecho paloma de luz, sobre las cabezas de nuestros munícipes, e ilumine sus deliberaciones.

E) Índice de “Impresiones y comentarios.” ⁸¹	
[Entrega I: 30 junio 1915]	[2.11.] Complemento
[0.] Extensión universitaria	[Entrega III. 6 julio 1915]
[1. MADRID]	[3.] SALAMANCA
[2. ÁVILA]	[3.1.] Campos de Castilla
[2.1.] Ávila del Rey	[3.2.] Salamanca
[2.2.] Complemento	[3.3.] La confraternidad
[Entrega II: 3 julio 1915]	[3.4.] Una cátedra histórica
[2.3.] Más de Ávila. Santa Teresa	[3.5.] Anécdota
[2.4.] Un frailecico	[3.6.] Tradición universitaria
[2.5.] Más recuerdos	[Entrega IV: 8 de julio 1915 / Entrega
[2.6.] Las sonrisas	IV b: 21 julio 1915]
[2.7.] Elogio del pórvido y de la	[3.7.] Los dos monumentos
voluntad tenaz	[3.8.] Una capilla histórica
[2.8.] Contrastes y curiosidades	[3.9.] Un buen rector de
de la España oficial. Antecedentes	Salamanca
históricos de un viaje.	[3.10.] Un buen obispo de
[2.9.] Un estudiante de Medicina	Salamanca
[2.10.] La piedad paternal	[3.11.] El último humanista

⁷⁸ Transcripción insegura de parte de la frase. El periódico tiene una doblez en este punto y se lee con dificultad

⁷⁹ Se refiere, con toda probabilidad, a un periódico satírico publicado inicialmente en Córdoba a partir de 1861. Según Antonio Checa, fue el “periódico más popular del Sexenio en toda España... un periódico de signo republicano que ...había conocido una etapa previa en el reinado de Isabel II, siendo prohibido al quinto número- y alcanza pronto tal popularidad en toda España que las imprentas locales se quedan pequeñas, mediado 1869 supera los 6.000 ejemplares y a los pocos meses afirma, con su parte de exageración, alcanzar los 20.000. Sus editores... deciden trasladarlo a principios de 1870 a Madrid.” Se caracterizaba por “textos cortos, incisivos, con presencia... de elementos gráficos, neto republicanismo y frecuente anticlericalismo.”

⁸⁰ Recordemos que Montésinos también colaboró en esta revista (vid. “Cronología,” Apéndice F)

⁸¹ Como es fácil de suponer, todo lo que aparece entre corchetes es añadido nuestro.

[3.12.] Megalomanía
 [3.13.] Una fontana pura. La Flecha
 [3.14.] Labor
 [Entrega V: 14 julio 1915 / Entrega V b: 17 julio 1915]
 [4. BURGOS]
 [4.1.] La cabeza de Castilla: la ciudad
 [4.2.] La catedral
 [4.3.] Interpretación
 [4.4.] La vida de Burgos
 [4.5.] El Cid
 [4.6.] Los dos extremos
 [4.7.] Labor y descanso
 [4.8.] Marcha
 [Entrega VI: 20 de julio 1915]
 [5. LEÓN Y SEGOVIA] DOS CIUDADES MUERTAS
 [5.1.] León

[5.2.] *Pulchra leonina*
 [5.3.] Los frailes jerónimos y los museos
 [6. SEGOVIA]
 [6.1.] Horas en Segovia
 [Entrega VII: 23 julio 1915]
 [7. EL ESCORIAL]
 [7.1.] San Lorenzo. El gran monasterio
 [7.2.] Elogio de lo ciclópeo
 [7.3.] La historia
 [7.4.] Símbolo
 [Entrega VIII: 30 julio 1915]
 [8. TOLEDO]
 [8.1.] Final. Toledo
 [9.] Un buen político
 [10.] En el que el autor pide perdón
 [11.] Envío

- F) Cronología de los textos (1915-1917).
- 6 de enero de 1915 “El paisaje granadino, en el arte,” *El Defensor de Granada* [Apéndice A].
 - 10 de abril de 1915 “De *La Voluntad* y de la *Gaceta*,” *Andalucía*. [Apéndice B]
 - 20 de abril de 1915 “Sobre una protesta patriótica, *Andalucía*, [Peragón, 2006: 666-667].
 - 30 junio 1915 Entrega I “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 3 julio 1915 Entrega II “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 6 julio 1915 Entrega III “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 8 de julio 1915 Entrega IV “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 14 de julio de 1915 Entrega V “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 17 de julio de 1915 Entrega V b “Impresiones y comentarios,” *El castellano* (Burgos).
 - 20 de julio de 1915 Entrega VI “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 21 de julio de 1915 Entrega IV b “Impresiones y comentarios,” *El Adelanto* (Salamanca).
 - 23 de julio de 1915 Entrega VII “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 30 de julio de 1915 Entrega VIII “Impresiones y comentarios,” *Noticiero granadino*.
 - 11 de agosto de 1915 “Comentario. Los buenos y los malos,” *Noticiero granadino* [Apéndice C].
 - 27 de agosto de 1915 “Comentario. Los grandes descontentos,” *Noticiero granadino* [Apéndice D].
 - Septiembre⁸² de 1915 “Don Juan,” *Granada*. [Gallego Morell]
 - Junio de 1916 “Cultura y erudición,” *Lucidarium*, [Peragón, 2005, 719-720].
 - 31 de agosto de 1916 “Comentario. Antonio López Sancho,” *Noticiero granadino*. [Apéndice E]
 - [¿Febrero?] de 1917 “Lo nacional en la poesía,” en *Boletín del Centro Artístico de Granada* (número especial en homenaje a Zorrilla).

⁸² En la revista, a partir del nº 4, no aparece fecha; tampoco la Dra. Peragón la indica. Una reseña aparecida en *El Defensor de Córdoba* (7 de septiembre de 1915) nos permite datar este número (y, por ende, el 4, que sería de agosto de 1915).

Obras citadas

- Abad Nebot, Francisco. "Trayectoria crítica de José Fernández Montesinos." *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica* 6 (1997a): 11-24.
- "Amado Alonso (1896-1952) & José F. Montesinos (1897-1972)." *Epos: Revista de filología* 13 (1997b): 237-245.
- "José Fernández-Montesinos Lustau." En Real Academia de la Historia. *Diccionario Biográfico electrónico*. <https://dbe.rah.es/biografias/9450/jose-fernandez-montesinos-lustau>.
- Alonso Nogueira, Alejandro. "José F. Montesinos y el siglo XIX: a propósito de Pedro Antonio de Alarcón." En José M. González Herrán, M.L. Sotelo, M. Cristina, & B. Ripoll eds. *El siglo que no cesa. El pensamiento y la literatura del siglo XIX desde los siglos XX y XXI*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2020. 54-66.
- Álvarez de Miranda, Pedro. "José F. Montesinos, Federico García Lorca y un trabajo sobre Lope." *Voz y Letra* 6.2 (1995): 59-62.
- *Presentación*. En Pedro Álvarez de Miranda ed. José F. Montesinos. *Entre Renacimiento y Barroco. Cuatro escritos inéditos*. Granada: Comares, 1997.
- Amores, Montserrat. "Cartas de José F. Montesinos a Vicente Llorens (1940-1967)." *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* 21 (2019): 9-54.
- Azorín. *Clásicos y modernos*. Madrid: Renacimiento, 1913.
- *Al margen de los clásicos*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 1915.
- José Luis Gómez ed. *Los pueblos. Castilla*. Barcelona: Planeta, 1986 [1905 y 1912].
- E. Inman Fox ed. *Antonio Azorín*. Barcelona: Labor, 1970 [1903].
- E. Inman Fox ed. *La voluntad*. Madrid: Castalia, 1972 [1902].
- *Los valores literarios*. Buenos Aires: Losada, 1957 [1913].
- J.M^a Martínez Cachero ed. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1976 [1904].
- Bataillon, Marcel. Simona Munari ed. *Lettres de Marcel Bataillon a Jean Baruzi*. Turín: Nino Aragno editore, 2005.
- Bataillon, Marcel, & Américo Castro. Simona Munari ed. *Epistolario Américo Castro y Marcel Bataillon (1923-1972)*. Madrid: Biblioteca Nueva/Fundación Xavier Zubiri, 2012.
- Beser, Sergio. "J. F. Montesinos crítico de Pérez Galdós." *Anales galdosianos* 4 (1969): 89-97.
- Blecua, Alberto. *Signos viejos y nuevos. Estudios de historia literaria*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Bonet, Laureano. "José María de Pereda visto por el profesor Montesinos." *La Vanguardia* (5 de noviembre 1970): 55.
- Checa Godoy, Antonio. "Auge y crisis de la prensa satírica española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)." *El Argonauta español*. <https://doi.org/10.4000/argonauta.2335>.
- Elizalde, M^a Isabel. *Miguel Pizarro y Zambrano, poeta y pensador del 27*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Autónoma, 2015. <http://hdl.handle.net/10486/666723>.
- Fernández Almagro, Melchor. *Viaje al siglo XX*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962.
- Fernández-Montesinos, Manuel. *Lo que en nosotros vive. Memorias*. Barcelona: Tusquets, 2008.
- Fernández-Montesinos, Tica. *El sonido del agua en las acequias. La familia de Federico García Lorca en América*. Granada: Dauro, 2018.

- Ferreres, Rafael. *Prólogo*. En Antonio Machado. *Campos de Castilla*. Madrid: Taurus, 1977.
- Gallego Morell, Antonio. *Sesenta escritores granadinos con sus partidas de bautismo*. Granada: Caja de Ahorros de Granada, 1970.
- “Los primeros artículos de José F. Montesinos.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 302 (1975): 260-290.
- *El renacimiento cultural de la Granada contemporánea: los "viajes pedagógicos" de Berrueta, 1914-1919*. Granada: Comares, 1989.
- García Lorca, Federico. *Obras completas, IV (Prosa II: Correspondencia 1910-1936)*. Barcelona: RBA, 2006.
- Gibson, Ian. *El asesinato de García Lorca*. Barcelona: Crítica, 1979.
- *Federico García Lorca. I. De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929)*. Barcelona: Grijalbo, 1985.
- Gimber, Arno, Isabel Pérez-Villanueva, & Santiago López-Ríos. “Las mujeres como protagonistas de los intercambios científicos-educativos hispanoalemanes en la época de entreguerras.” En Sandra Rebok coord. *Traspasar fronteras: un siglo de intercambio científico entre España y Alemania*. Madrid: CSIC/DAAd, 2010. 193-213.
- Gómez Alonso, Juan Carlos. “Amado Alonso.” En Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. <https://dbe.rah.es/biografias/6647/amado-alonso-garcia>.
- Guillén, Claudio. “Montesinos o la crítica integral.” En *De leyendas y lecciones*. Barcelona: Crítica, 2007. 315-336.
- Hernández, Mario. *Prólogo*. En Francisco García Lorca. *Federico y su mundo*, Madrid: Alianza, 1980.
- Hernández Montes, Benigno. “Enfrentamiento entre el obispo Tomás de Cámara y Miguel de Unamuno a finales del año 1903.” *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 27-28 (1983): 215-261.
- Jiménez Fraud, Alberto. *Residentes. Semblanzas y recuerdos*. Madrid: Alianza, 1989.
- Junta para la Ampliación de Estudios. *Memoria correspondiente a los cursos 1928-29 y 1929-30*. [sin lugar ni editorial], [1930]. <http://cedros.residencia.csic.es/imagenes/Portal/ArchivoJAE/memorias/012.pdf>.
- *Memoria correspondiente a los cursos 1933 y 1934*. Madrid: Imprenta Góngora, [1935]. <http://cedros.residencia.csic.es/imagenes/Portal/ArchivoJAE/memorias/014.pdf>.
- Lapesa, Rafael. *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998.
- Mainer, José-Carlos. “Montesinos o la pasión de la filología.” *Revista de Libros* 22 (1998).
- Maldonado, Felipe C. R. “Montesinos y sus *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Comentario urgente de una obra interrumpida.” *La Estafeta Literaria* 496 (15 de julio 1972): 4-11.
- Marco, Joaquín. *Nueva Literatura en España y América*. Barcelona: Lumen, 1972.
- Monguió, Luis. “José F. Montesinos (1897-1972).” *Revista Hispánica Moderna* 36 3, (1970-1971 [1973]): 146-149. <https://www.jstor.org/stable/30203102>.
- Montesinos, José F. Joseph H Silverman ed. *Ensayos y estudios de Literatura española*. Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- *Galdós**. Valencia: Castalia, 1972.

- “*La lengua de Góngora* (Texto hallado y presentado inicialmente por José Polo).” *Revista de literatura* 91 (1984): 25-42.
- Moreno González, Antonio. “José Rodríguez Carracido.” En Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. <https://dbe.rah.es/biografias/4704/jose-rodriguez-carracido>.
- Peragón, Clara Eugenia. *La literatura en la prensa periódica granadina (1915-1936)*. Tesis doctoral. Granada: Universidad de Granada, 2006. [<https://digibug.ugr.es/flexpaper/handle/10481/874/15894101.pdf?sequence=1&isAllowed=y>].
- Pérez de Ayala, Ramón. *Cincuenta años de cartas íntimas (1904-1956) a su amigo Miguel Rodríguez-Acosta*. Madrid: Castalia, 1980.
- Polo, José. “Notas de presentación general de un trabajo de José Fernández Montesinos sobre Góngora.” *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas* 5 (1986): 141-158.
- Rabaté, Colette y Jean-Claude. *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus, 2009.
- Racionero, Luis. “Teutones y latinos.” *La Vanguardia* (16 de diciembre de 2016): 26.
- Ragué, María José. “José F. Montesinos, profesor *in partibus*.” *Triunfo* (11 de marzo de 1972a): 32-33.
- Ragué, María José. “La muerte de José F. Montesinos.” *Triunfo* (17 de junio de 1972b): 47-48.
- Riera, Carme. “El método Montesinos.” *La Vanguardia* (2 de octubre 2016): 31.
- Ribbans, Geoffrey. *Introducción*. En Antonio Machado. *Campos de Castilla (1907-1917)*. Madrid: Cátedra, 2008.
- Rodríguez Ocaña, Esteban, & Olga García-Duarte Ros. “Rafael García-Duarte Salcedo (1894-1936): supuestos científico-sociales de un médico puericultor en la Segunda República española.” *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinam Scientiarumque Historiam Illustrandam* 4 (1984): 175-97.
- Sánchez Ron, José Manuel. “Tomás Navarro Tomás y los orígenes de la fonética experimental en la JAE.” *Asclepio* 59 (2) (2007): 63-86.
- Silverman, Joseph. *Prólogo*. En José F. Montesinos. *Ensayos y estudios de Literatura española*. Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- Simón, Claudia. “Archivo personal de Rafael Lapesa Melgar.” En Pedro Álvarez de Miranda ed. *El legado de Rafael Lapesa (Valencia 1908-Madrid 2001)*. Valencia: Generalitat Valenciana/Biblioteca valenciana/SECC, (2008): 117-133.
- Soria, Andrés. “José Fernández Montesinos y la poesía española moderna.” *Voz y Letra* 2 (1995): 79-89.
- Titos Martínez, Manuel & M^a Trinidad Fernández Mesa. “El Archivo de la Banca Rodríguez-Acosta de Granada.” *Cuadernos de documentación multimedia* 10 (2000): 491-501.
- Unamuno, Miguel de. *Ensayos*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 1916-1918. 7 vols.
- Vázquez Montalbán, Manuel: Sixto Cámara, “Natural de España.” *Triunfo* (24 de junio de 1972): 7.
- Vila-San Juan, José Luis. *García Lorca, asesinado: toda la verdad*. Barcelona: Planeta, 1975.